
3 1761 09546519 1



POESÍAS
DE DON JOSEPH IGLESIAS
DE LA CASA.
TOMO PRIMERO.

POESÍAS PÓSTUMAS

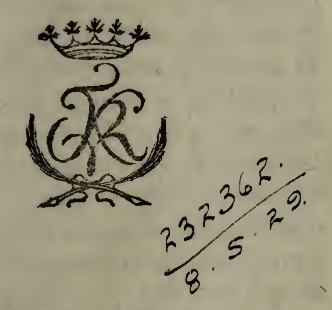
DE

D. JOSEPH IGLESIAS DE LA CASA,

PRESBÍTERO.

TOMO PRIMERO,

QUE CONTIENE LAS POESÍAS SERIAS.



EN SALAMANCA:
POR D. FRANCISCO DE TOXAR.
AÑO MDCCXCIII.

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Si la vida retirada y tranquila de un hombre privado, como Don Joseph Iglesias de la Casa, pudiese interesar al Público, nosotros la pondriamos aquí largamente. Mas ninguna de sus circunstancias llama la atencion. Por eso nos contentaremos con decir, que su genio laborioso y distinguido talento para la Poesía le grangearon el aprecio y amistad de todos los hombres de buen gusto, que en su tiempo han vivido en Salamanca; y que habiendo sido nombrado Párroco de dos Lugares de este Obispado, sus Feligreses le amaron por su caracter bondadoso y benéfico, y le respetaron por la suavidad y circunspeccion de sus costumbres.

Desde que fue llamado á este augusto ministerio abandonó el género satírico y picante que habia cultivado, y se dedicó á tareas mas dignas de su profesion. Entonces fue quando compuso una infinidad de Himnos místicos muy dulces, y el Poema didáctico de La Teología, dado á luz el año de 90; y que los inteligentes recomiendan por la belleza de su diccion, y la pureza de lenguage.

El murió en Salamanca, su patria, á los treinta y ocho años de su edad, el 26 de Agosto de 1791, despues de una enfermedad molestísima, en que manifestó su resignacion y serenidad.

Nosotros ligados á él con los lazos de amistad y parentesco quisimos manifestarle nuestro amor, dando á luz sus versos, pruebas de su talento y fino gusto. Registramos sus papeles; y entre una infinidad de legajos, todos revueltos, y malisimamente escri-

tos, pudimos leer y copiar las composiciones que ahora publicamos.

Para mayor comodidad van divididas en dos tomos. Ponense en el primero las Pastoriles y Liricas, y al frente de ellas una Carta escrita á uno de nosotros por un amigo, sobre su caracter y bellezas. En el segundo irán los Epigrámas y demas piezas picantes, compuestas por su Autor en su juventud, quando estudiaba Humanidades: época que disculpa la libertad y soltura, que en partes las acompañan.

Se ha creido conveniente colocar esta Carta al frente de este tomo, por dar una razon de lo contenido en él.

CARTA

ESCRITA AL EDITOR DE ESTAS POESÍAS.

Muy Señor mio: remito á V. el tomo manuscrito de Poesías de Iglesias, que me envió dias pasados; y le doy mil gracias por el gusto que he tenido en su lectura.

Yo no habia visto de este Poeta mas que tal qual Epigrama, y algunas Letrillas satíricas. Habianme parecido excelentes, y creia que su genio era propio solamente de estas composiciones. ¿Quién podria imaginar que la Musa maligna, que azota con tanta libertad los vicios, preocupaciones, y ridículas manías de los hombres, pintase tambien con ademan tan inocente los mas delicados sentimientos del corazon humano? La diferencia de un género á otro es inmensa; pero aun es mas grande la felicidad de la execucion en ambos: y yo estoy pasmado al ver que quien ha igualado á Quevedo, Góngora y Alcazar, en soltura, libertad y donaires, haya podido sobrepujar á Garcilaso, Torre, Esquilache, y otros buenos

Poetas, en gracia, delicadeza y sentimiento.

Bien veo que la condicion del Poeta era muy apropósito para ello. Destinado casi siempre á vivir en Aldeas, tuvo oportunidad para observar y sentir la gracia que en ellas dan al desahogo del corazon, la simplicidad y la inocencia. Por el contrario en las Ciudades, la corrupcion de las costumbres, y la complicacion de intereses, rebozan el pecho y quitan á la naturaleza la ingenuidad de su expresion. Es verdad tambien que entre los Paysanos, parte de la gracia se pierde por la rusticidad y grosería; pero en la imaginacion del Poeta todo se hermosea, la corteza grosera se desvanece, quedando solo la verdad del sentimiento adornada con los encantos de la Poesía.

Para dar un ayre de ternura y delicadeza mayor á las composiciones de esta clase, Iglesias las pone casi siempre en boca del sexô mas debil, y de consiguiente mas interesante quando sufre La inocencia y simplicidad tienen su asiento propio en el corazon de la muger: y ella es quien habla en la mayor parte de las Letrillas Pastoriles, de las Eglogas, de las Cantilenas, y en todos los Idilios.

La Esposa Aldeana es un pensamiento original, y una coleccion de villanescas, que no tiene igual en Castellano Su estilo es gracioso y ligero: las imágenes sencillas y naturales, tomadas todas de la naturaleza del asunto: la versificacion fluida, sonora y harmoniosa: cada coplita es un rasgo, cada letrilla un sentimiento.

El mismo fondo de imágenes, y la misma frescura de colorido, se advierte en las Letrillas de estrivillo que la siguen: ellas se están cantando; y la Zagala que viene del campo, y la Rosa de Abril, *son las mas graciosas composiciones que de su género hay en nuestra lengua.*

No se puede decir lo mismo de los Romances, que no tienen la soltura graciosa de los de Esquilache, ni la amena riqueza de los de Góngora. Yo siento, Sr. Editor, que Iglesias haya derramado en casi todos un ayre de moralidad, que no parece el mas propio de semejantes composiciones: bien es verdad que él las ha adornado con una infinidad de imágenes bastante bellas y naturales, de que es un buen exemplo el último Romance, donde afea á una Zagala el vicio de la vanidad: el quarto, donde pinta la salida de Amarilis al Zur-

guen, no debe nada á los mejores, sea en la dulzura de los afectos, ó en la riqueza de la imaginacion.

Las Delicias de Villegas son las primeras cantilenas que tuvieron crédito en Castellano: nuestro Poeta quiso exercitarse en aquel género, y excedió á su modelo en la belleza y gusto de las imágenes, y principalmente en la dulzura y verdad de los sentimientos. Porque Villegas si tuvo un corazon sensible, no supo derramarlo en sus versos.

V. se espantará de verme tratar con tan poco respeto á un Poeta de tanto crédito. Pero la fama de este Autor es fama de tradicion, como la de otros muchos; fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decision de alguno que ha querido y sabido fascinar los ojos del vulgo de los lectores. Esta proposicion puede ser algo aventurada; si se atiende al tiempo en que Don Vicente de los Rios, publicó y elogió á Villegas: entonces acaso las Poesías de este eran un modelo de buen gusto; pero en tal caso, ¡cómo estaría nuestra Literatura! ¿Qué se diría de un Poeta, cuyos versos estuviesen llenos de trasposiciones ridículas, metáforas obscuras ó hinchadas, palabras y ex-

presiones baxas, de alusiones importunas, y de erudicion pedantesca, que fuesen escasos de imágenes, y faltos enteramente de afectos? Estos vicios estan bullendo por todas partes en las obras de Villegas: y á pesar del nombre griego que tienen al frente, jamás se escucha en ellas el lenguage del Amor. Pero de nada sirve, amigo mio, saber Griego y Latin, quando falta el buen gusto. Yo apelo á los hombres que lo tienen; y que estos digan si encuentran placer alguno en la lectura de sus Odas mayores, de sus Sonetos, de sus Elegias, y de sus Idilios. Comparese á Villegas con él mismo, quando el gusto lo sostiene; comparese la Oda 14. del Lib. 1. hecha en alabanza de Garcilaso, y la bellisima Oda sáfica al Zéfiro, con las demas composiciones suyas, y se palpará la inmensa diferencia que hay entre ellas, y la justicia de esta censura. Desengañémonos: Villegas estuviera ya olvidado sin la cadencia, número y harmonía de sus versos cortos, y sin los graciosos remates de sus cantilenas: en estas prendas es excelente.

Disimule V. esta digresion y volvamos á Iglesias, cuyas Anecrónticas, aunque no me atrevo

á decir que sean las mejores de nuestra lengua, diré sin embargo que tienen toda la gracia y ligereza propias de este género de Poesía. Una Anacreóntica no es una Egloga: y he aquí la causa porque las mas de las que han salido últimamente con este nombre no lo son. El genio de Anacreonte era muy diverso del de Theócrito: sus Odas no son largas, y jamás se aplomó sobre las descripciones de la vida pastoril: un sentimiento risueño, vestido con algunas imágenes alegres y ligeras, es la materia de su Poesía. Qualquiera pues que la saca de aquí la estropea.

Rasgos de una sensibilidad profunda y exquisita, imágenes fuertes y atrevidas hijas del delirio, y muchos versos felices, son las buenas prendas de los Idilios de nuestro Poeta, muy superiores á los de Quevedo, donde no hay mas que confusion y afectacion.

Las Eglogas no son tan buenas; aunque tienen mucha belleza de estilo, y muy buenos versos: la poca novedad en su objeto y disposicion les quita mucha parte de su mérito. Solo advertiré de paso, que aunque se ha dicho que la pesca, por ser una ocupacion poco aseada y muy laboriosa, no era

buena materia para las Eglogas, Iglesias sin embargo ha escrito una Egloga piscatoria, donde todo es noble y aseado. Yo creo, amigo mio, que la Poesía es como el amor que hermosea todos sus objetos.

Hay bellísimas Odas de todos géneros en Castellano. Las sublimes de Herrera y Rioja, las morales de Fr. Luis de Leon, y las amatorias de Torre, Lope de Vega, y otros poetas, son iguales á lo mejor que tienen los antiguos y modernos. Las dos primeras y la última de nuestro Autor, honran igualmente que ellas la lengua Española. Su expresion es enérgica y pintoresca, su diccion rica y poética, sus versos robustos y llenos, las imágenes valientes y nuevas, y el fuego del sentimiento siempre vivo. ¡Quanta riqueza de imaginacion no brilla en la primera! El Sol rodeado de las Ninfas, que le desembarazan de los pertrechos de su lumbre; la noche cortejada de las Estrellas, de las horas, de las sombras, y del silencio; el sueño cubriendo con sus alas toda la tierra, y negándose á la compasiva plegaria del Poeta:

Salen las negras horas que en beleño
Ciñen la sien severa,

Vertiendo espanto, y derramando sueño
Por toda su carrera.

Esto se llama pintar poéticamente. ¡Quan magestuosa y brillante no es tambien la salida del Sol en la Oda II!

Sale el Sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera;
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.

Los rayos crecen de la luz Febea
Con mas pujante aliento;
El baxo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

El objeto que pinta el Poeta no es nuevo; pero el colorido, la expresion y el giro todo es suyo, y todo bellísimo. Los remates de sus estancias son por lo comun muy graciosos: este por exemplo de la Oda III. á la fuente.

Admiranla las aves,
La admira el Sol, admiranla las flores;
Y en acentos suaves,

Los tiernos Ruiseñores,
Al son de su raudal cantan amores.

¿Qué inmensa diferencia de este tono animado y gracioso, á este otro soberbio, lleno de fuerza y entusiasmo?

¿No es este el reyno del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Caxas el son, y horrisonas trompetas?

Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus feroces quadrigas impeliendo;
De pie á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrudo
Brazo, blandiendo el fulminante escudo.

Así los buenos Poetas saben dar el estilo conveniente á la diversidad de los asuntos que cantan; y es una leccion insigne para aquellos que olvidan que la variedad es una de las primeras fuentes de la belleza y del placer.

Recorriendo pues ahora todo lo dicho hasta aquí, se ve que Iglesias sabe plegarse perfectamente al nivel de todos los géneros que emprende;

y que su genio domina todas las materias. Su imaginacion es siempre fertil, su expresion rica, su estilo animado y pintoresco. Es verdad que en sus Romances se advierte alguna sequedad, y poca novedad en las Eglogas: pero esto se compensa con la gracia inocente, harmonía y dulzura de sus Letrillas; con la riqueza, afectos, y rotundidad de sus Cantilenas é Idilios; y con la expresion valiente de sus Odas. He notado tambien en partes alguna negligencia en los versos, y varias violencias de sentido; pero me hago cargo de que estas son unas poesías póstumas; y de consiguiente, que no pueden tener aquella correccion que tendrian si su Autor las hubiera preparado para la prensa.

He executado, Sr. Editor, su encargo del mejor modo que me ha sido posible; y le he dicho ingenuamente mi sentir sobre los varios géneros de poesía, contenidos en este tomo de Iglesias. No dudo que en siendo publicado, los austeros Filósofos, y los mentecatos que los remedan, lo mirarán con ceño, y acaso con desprecio, por no contener segun su estilo mas que miserables bagatelas. Pero V. dirá, y tendrá razon en decirlo, que estas

bagatelas no se escribieron para ellos. Si entretienen los ratos perdidos, y merecen la aprobacion de un hombre de gusto; si disipan el mal humor de otro; y si alguna Dama las aprende, ó las canta, la gloria del Autor será satisfecha, y la intencion de los Editores cumplida.

Mas la prenda mas apreciable de esta Obra es la pureza, y lo castizo del lenguage. V. me dice, y yo lo sabia, que Iglesias no leia ningun libro extrangero, y que apenas sabia las lenguas Italiana y Francesa. Si la falta de lectura en los libros escritos en ellas le privó de unos conocimientos que hubieran adornado mucho sus composiciones, tambien le preservó por otra parte del contagio universal de no hablar ni escribir, ni pensar de otro modo que en Francés. Este es ya un mal irremediable, y estoy por decir que necesario: porque quien no tiene lumbre en su casa va por ella á la del vecino. Sea de esto lo que fuere: lo cierto es que Iglesias, que habia estudiado su lengua en los Autores de nuestro siglo de oro, y que no manejó otros en toda su vida, no pudo viciar su estilo con la frase extrangera; y que su libro debe ser tenido y citado como un modelo puro de lenguage, prenda

que falta á los mas, por no decir á todos los versos escritos de diez años á esta parte.

Animo, pues, amigo mio. Yo en nombre de todos los hombres de gusto, le doy las gracias y el parabien por la publicacion de esta Obra; y le animo á que se ocupe en tareas igualmente útiles y gloriosas á la Literatura Española.

Queda de V. &c.

A.

LA ESPOSA ALDEANA.

LETRILLAS PRIMERAS.

LETRILLA PRIMERA.

Al Dios Pan.

Rústico Dios Pan,
Ruegote que asistas
A honrar mis cantares
Con tu melodía.
Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias;
Así ufano goces
Las frescas mexillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella Ninfa.
Haz que con mi acento
La esquivez altiva
De un amante atraiga,
Que me desestima.
Por él te importuno,
Por él noche y dia
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

De sus Cantares.

Selvas de esmeralda,
Rios de cristal,
Con atento oido
Mi Lira escuchad.
Que si mi voz dulce
En dulce cantar,
Qual hiere del monte
La concavidad;
Asi el Zagal hiera,
Tan duro en amar
De arte, que su pecho
Se mueva á piedad;
Faunos y Silbanos
Los vereis llegar,
Y por estos llanos
Alegres triscar.
Vendrá el Amor Niño,
Mil Ninfas vendrán;
Y en rueda de lazos,
Todos baylarán.

LETRILLA III.

La Solicitud.

Cerrad, cerrad, Ninfas
Del grato Aranjuez,
Cerrad las salidas
Del fresco vergel,
Por si las pisadas,
O el rastro de aquel
Que el alma me abrasa,
Puedo hallar ó ver.
Pues la amena selva
Le ha de detener,
A mil paxarillos
Tendiendo la red.
O acaso siguiendo
Al Amor cruel,
Tras de otras Zagalas
Al señuelo fue.
Y si vos le hallareis;
Guardadle, y sabed:
Que él en mí, y yo sola
Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

De su Pastor.

No alma primavera
Bella y apacible,
O el dulce fabonio
Que ambares respire,
No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice:
No nube que Febo
Su pavellon pinte,
O álamo que abraze
Dos émulas vides,
No fuente que perlas
A cien caños fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el dia
Son tan apacibles,
Como el Pastorcillo
Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

De su afecto.

Si yo en otro tiempo,
Simplilla rapaza,
Anduve sin pena,
Viví descuidada:
  Y en guardar me avine
Mis ovejas mansas;
Quizá no era entonces
Dulce enamorada.
  Mas ora yo pienso,
Que daré de gana
El mas gentil manso
De aquesta piara,
  A aquel que á mis ojos
Mirar les dexara
Los de un Pastorcillo,
Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

Juguete sencillo.

Alexî á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo,
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras;
Y sin ver por donde,
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar:
Callo ; y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamás.
Y al fin si me hallare
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

El Sueño y el Deseo.

Quando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me alhaga
Mi Pastor gentil.

Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexî conmigo,
Qual en sueños ví:

De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.

El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he dexar ir.

Pues casarnos hemos
Los dos por Abril;
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

Confianza.

El mi Pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros,
Si estoy del ausente.
  Y que aunque lo calla
Llora muchas veces,
Porque á verle venga,
Y su mal consuele.
  Por otra Zagala
No temo me dexe,
Aun quando enojado
De sí me deseche.
  Pues sé, que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.
  Y si esto no basta;
Con que yo le dexe
Jugar cierto juego,
No podrá él valerse.

LETRILLA IX.

Resolucion.

No de arbol frondoso
La fruta primera
De flor guarnecida
Al Alba serena;
  Me roba la vista,
Y el alma me lleva,
Qual mi Zagalejo
Quando á hablar me llega.
  Diceme, si quiero
A la Primavera
Con él desposarme,
Porque su amor vea.
  Que sí: responderle,
Me causa vergüenza;
Que no: replicarle,
Me dá mayor pena.
  Pues un sí, y mil sies
A la vez primera
Que vuelva á decirlo,
Le doy por respuesta.

LETRILLA X.

Simulacion amorosa.

Mi Zagal me llama
Grosera amadora;
Mas fria á sus ruegos,
Que la helada roca:
Quando hasta las flores
La llama no ignoran
De Amor, en que me ardo
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mi aficion loca.
Mas ser atrevido,
Y hallar sazon propia
De vencer recatos,
Sólo al varon toca.
Que si él entre espinas
No la busca y corta;
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

LETRILLA XI.

De un Bayle.

Un dia en las danzas
Del val de Zurgen
Me sacó á baylar
Damon muy cortés.
Y luego en el corro
Al ir á volver
La rueda de un lazo,
Me besó el joyel.
Pero yo en los dientes
Un golpe con él
Le dí, quando quiso
Besarle otra vez.
Dolióle, y los labios
Se empezó á morder:
Me las juró; y luego
Ayrado se fue.
¿El Zagal por dicha
Qué me querrá hacer?
Quizá él lo sabrá,
Que yo no lo sé.

LETRILLA XII.

Propension del Amor.

Porque no le quiero
Me quiere Damon;
Y Alexî no quiere
Que le quiera yo.
Muchas veces digo:
¿A qual de los dos
Daré yo las llaves
De mi corazon?
Damon las merece,
Que no me gustó;
Y Alexî á quien amo
No las mereció.
Todo el gusto pierdo
Si á Damon me doy;
Si á Alexî, me abato
A un despreciador;
Pues aunque me humille,
Y sufra el baldon
De ser despreciada,
De Alexî es mi amor.

LETRILLA XIII.

Oferta.

De buscar mi Alexî
Por un bosque espeso,
Niña tierna y sola,
Cansadita vengo.

Al que me dixese,
En qué prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros;

De marfil un vaso
Yo le daré en premio;
Y á mas de ello encima
Un abrazo tierno.

Que si el Zagal mio
Picado de zelos
Tomallo quisiese,
Sintiese perdello;

Para uno que pierda,
Yo le daré ciento;
Y aun mil y hasta tanto
Que se canse de ellos.

LETRILLA XIV.

El Pronóstico.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven:
  Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines:
  Fiero el austro robe,
Quando airado silve,
Los amantes lazos
De álamos y vides:
  Que si mi Sol sale
Lleno de matices,
Serenando el Cielo,
De los campos iris;
  Fuerza es reflorezca
Quanto toque y mire,
Que enrame la selva,
Y el valle entapize.

LETRILLA XV.

Los Zelos.

Aquel Pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir Amor me hace
Travieso tirano;
  Bien sé que se duele
Del mal que yo callo,
Por mas que lo encubra,
Y aun borre los pasos:
  Si á otro Zagalejo
Hablo por acaso;
Calla, y se le muda
Su color rosado.
  Enojase, y vase;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.
  Ni para acallarle
Me han aprovechado,
Querer regalalle
Ni al fin regalallo.

LETRILLA XVI.

Dones sencillos.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexî en un nido
Se encontró á la Aurora,
Me regaló fino.

De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y mas si tuviera
Presentes mas ricos.

Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
Del mi Pastorcillo;

Y mas quando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas
Llenas de rocío.

Luego que en mis brazos
Vé que lo he cogido,
Se rie; y me dice....
Mas no, no lo digo.

LETRILLA XVII.

Fuego amoroso.

Mañanita alegre
Del Señor San Juan
Al pie de la fuente
Del roxo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal,
Y un alfiler corbo
Me puse á pescar:
Llegóse al estanque
Mi tierno Zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar.
Cruel Pastorcilla,
¿Dónde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?
Yo así de él, y dixe:
¿Tú tambien querrás?
Y este pececillo
No, no se me irá.

LETRILLA XVIII.

Afanes del Amor.

Yo mi Zagal tengo;
Soy su enamorada;
Y que él lo supiera
No poco me holgara.
  Quando llevar suelo
Mi ganado á casa,
Solo en el camino
Se sienta, y me aguarda.
  Se oculta, y de un grito
Si voy descuidada
Me asusta, y se burla
De verme turbada.
  De hablar mis vecinos
Se huelga en el alma,
Por ver si entre tanto
Le vé su Zagala.
  Flores de contino
Me lleva, y enlaza
De ellas á mi puerta
Ramos y guirnaldas.

LETRILLA XIX.

De su Pastorcillo.

El mi Pastorcillo
En su edad florida,
Del Cielo y del prado
Beldad es, y envidia.

De solo adorarle
Vivo desde el dia,
Que Amor puso en ello
Mis mayores dichas.

Vile tierno niño
Siendo aun tierna niña,
Quando aun de él no supe
Lo que apetecía.

Y ora, que travieso
Amor me lo avisa;
Mi ventura pongo
En ser su cautiva.

El rey de mis gustos
El será algun dia,
Y ojalá me llame
Su esposa querida.

LETRILLA XX.

El Desvelo.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos;
  Las tiernas abejas
De la flor en torno,
Con susurro baxo,
Con murmullo sordo;
  La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio;
  El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso;
  Todo me convida
Al sueño sabroso,
Y Amor me desvela
Niño inquieto y loco.

LETRILLA XXI.

De una ausencia.

Mi Alexî que goza
De gentil donayre,
Dó quiera que voy
Va por escucharme.
¡O si tambien ahora
Mi voz escuchase,
Quando de su ausencia
Siento mas los males!
Todo en noche obscura
Me parece yace,
Y que pierde el campo
Su esplendor brillante.
Mas dando sus luces
Los ojos radiantes
Del Pastor que adoro,
Mas que el campo amable;
El lirio desplega,
La azucena nace,
Brotan los jazmines,
Los claveles se abren.

LETRILLA XXII.

A su Rebaño.

¡Corderillos mios!
El mal que teneis
Qual el que yo siento
No es de hambre ni sed.
 Solo os ven mis ojos
Con hueso y con piel:
No sé qual mal ojo
Mal os llegó á ver.
 ¡Qué mustio y mal sano
Mi choto te ves!
Por mas que buen pasto
Te doy á pacer.
 ¡Ay mis corderillos!
Si el peso cruel
Que siento en el alma
Sentis vos tambien!
 ¡Ay que á mi ganado
Y á su guarda fiel,
El propio amor mata
Y ageno desden!

LETRILLA XXIII.

La llama del Amor.

Ya de mis Zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las voces
De mi Zagal oigo.

Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el lucio arado
Sobre el yugo corbo:

La sombra estendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pie presuroso.

Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

LETRILLA XXIV.

Los brazos de Alexîs.

¿Qué fuerza, mí madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexîs
Pequeño Zagal?
  Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto
Me llegó á abrazar.
  Y yo desde entonces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
  Ya del Zagalejo
Me quiero vengar;
Ya me compadezco
Del tierno rapaz:
  Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y ora en este fuego
Me quiero abrasar.

LETRILLA XXV.

El Consejo.

Mi abuela me dice
Que si me enamoro
Tendré grandes iras,
Pesares, y enojos.

Que Amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fixó lindes,
Nadie puso coto.

Mas la buena vieja
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto voto.

Pues si con mi Alexî
De Amor ciego y loco
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo;

Toda la vehemencia
Del Amor fogoso
Que se aplaca siento,
Que se endulza noto.

LETRILLA XXVI.

Gratitud Pastoril.

Vióme Alexî un dia
Cansada, buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado.
  Y él sobre sus hombros
Me los traxo ufano,
Hasta mi cabaña
De flores ornados.
  Bien sé que me quiere;
Y que bien cuidados
Serán mis corderos
Si con él me caso.
  Para quanto él viva,
Si me dá su mano,
Yo le cedo todos
Todos mis ganados.

LETRILLA XXVII.

Los ojos de Alexîs.

Mientras mis corderos
Del ameno soto
Pacen la berbena,
Rumian los escobos,
A mis solas pienso;
¡Qué iman poderoso
Tendrán de mi Alexi
Los alegres ojos!
Que á par de ellos vistos,
Oscuros y toscos
Juzgo los luçeros
Del celeste globo.
El Alma me llevan;
Y pienso que es poco
Valor quanto valgo
Para su despojo.
Que el placer de verlos
Me sustenta solo;
Y en cosa ninguna
Yo encuentro mas gozo.

LETRILLA XXVIII.

El Premio de Amor.

Mi florido huerto,
Por mí cultivado,
Ser testigo suele
Del Pastor que yo amo.
La primer manzana,
Que aun no se ha pintado,
Será solamente
De mi enamorado.
Aunque para el gusto
Del Zagal lozano
Mas bellas manzanas
Yo conservo y guardo.
Darselas he en premio,
Darselas he en pago
De lo atento y fino,
Que se me ha mostrado.

LETRILLAS DE ESTRIVILLO.

LETRILLAS SEGUNDAS.

LETRILLA PRIMERA.

Si el estilo en mis Letras
Mucho se humilla;
Como vengo del campo,
No es maravilla.

Cantar yo cantara
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criara:
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Si niña agraciada
Un niño Pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada;
Y yo de picada
Mas de otra Letrilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Si á mi talle agrada
Variado pellico;
Y á mi frente aplico
Guirnalda rosada;
Y ando rocostada
En mi cayadilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Dicen que florido
Traigo mi cabello;
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido:
Mas si he recogido
Tanta florecilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Morena me llama

Quien bien no me quiere;
Y á mil me prefiere
El Zagal que me ama:
Si del Sol la llama
Me trae tostadilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

LETRILLA II.

Pues de amar amores
Lecion tomé en tí;
Zagal desdeñoso,
Duelete de mí.

Mi rabel que amores
Cantara hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.
Tañolo ¡ay! y solo
Solo ¡ay! sé decir;

Zagal desdeñoso,

Duelete de mí.

De mi amor testigo
Ves la fuente allí,
Dó la vez primera
La alma te rendí:
No mi verdad ella
Querrá desmentir.

Zagal desdeñoso,
Duelete de mí.

Tú sol me llamabas
Una vez y mil;
Tú amor, tú alba y rosa,
Tú espejo y pensil:
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí;

Zagal desdeñoso,
Duelete de mí.

El amor ufano
Juzgué yo que allí

De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir:
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid;

Zagal desdeñoso,
Duelete de mí.

LETRILLA III.

Llevame á Zurguen
Dó está quien yo quiero:
Anda acá, llevame Carretero.

De mi bien ausente
Muero en esta Aldea;
Quien no me lo crea
La llaga reciente
Sienta, que otra siente;
Y muera qual muero.

Anda acá, llevame Carretero.

Llevame, Zagal,

Donde está mi bien;
No sea que haya quien
Me lo trate mal:
No otra dicha igual
Al verle yo quiero.

Anda acá, llevame Carretero.

Gloria del Zurguen
Es mi Zagalejo;
Su gala y despejo,
Su hechizo y desden
Son del querer bien
Iman verdadero.

Anda acá, llevame Carretero.

Por quien yo suspiro
Es bien mas precioso,
Que lo mas hermoso
Que en los campos miro;
Si del me retiro,
Se pone el lucero.

Anda acá, llevame Carretero.

Su voz regalada
Al son de su lira
Un ardor inspira,
Que ofende y agrada;
De él estoy tocada,
Y huirle no quiero.

Anda acá, llevame Carretero

Al salir la Aurora
Mi bien saldrá al prado
De aquella buscado
Que muy mas le adora:
Pues mi amor no ignora,
Que de amarle muero.

Anda acá, llevame Carretero.

LETRILLA IV.

En vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

Zagal, tus cantares dexa;

No el dulce silencio alteres,
Ni te quejes á mugeres,
Que no han de escuchar tu queja:
Cesa de observar la rexa,
Que rondas sin ocasion;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

De tu voz la melodía
Por mas que agrade al oído,
Si en el alma no ha podido
Hacer igual harmonía;
Tenla por vana, y vacía,
Y aun por disonante son;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

Los oidos que están llenos
De los ecos de otro amante,
Por gracias que tu voz cante,
Ni las aman ni echan menos:
Al fin son ecos agenos

Del cariño y aficion;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

LETRILLA V.

Quando anuncia el Lucero
La nueva Aurora,
Orillitas del rio
Jacinta llora.

Ven, Jacinto, ven:
No seas desdeñoso,
Corre presuroso,
Donde está tu bien:
Al pie del Zurguen
Está quien te adora,

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

En tí está pensando;
Pregunta por tí;

Y yo ayer la ví
Triste y suspirando:
Sé, Zagal, mas blando
Con quien te enamora,

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

De sus ojos perlas
Vierte qual luceros;
Si en hilos enteros
Llegaras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora,

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

Llega á consolarla;
Que ella sin recelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Dí sin asustarla:
Salud, mi Pastora.

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

LETRILLA VI.

¡Triste de mí que amo
Quien no me lo estima!
Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Quando á ver á Alexîs
Voy de amor herida,
Curo de agradarle
Y hacerle caricias:
Y él con todo ingrato
Mi amistad esquiva;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Los sus Corderillos
Van á la sal mia;
Y de mis collares
Les pongo divisas:

Y él me desconoce
Siendo su cautiva;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

A sus mansos chotos
Ato mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavellinas:
Y él tal vez ceñudo
Las flores les quita;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Panales le envio,
Mi leche y natillas
En orzas labradas
Por mis manos mismas:
Y él los mis presentes
Siempre desestima;

Que amar sin retorno

Fue la estrella mia.

Jugueton su perro
Siempre me acaricia;
Rastreame, y sigue
Por valle y colina:
Y él se va á otro cuento
Si en este me mira;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

LETRILLA VII.

Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel,
Decir, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

Cantar á la Aurora
Que alegra el Oriente,
El agua sonora
Que rie en la fuente,
La rosa luciente

Reyna del vergel;

Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.

Así, que el despejo
Belleza y agrado,
De quien es espejo
El Cielo y el prado
Cantar no es vedado
A quantos lo ven;

Que son, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

Decir que en tí vive
La vega florida,
Yerba y flor recibe,
Toma aliento y vida,
Que dexas vencida
La gala al clavel;

Ni tú privarme puedes,
Ni yo á mi rabel.

Que al bayle por verte
Van muchas Pastoras,
Firmes en quererte,
Mas bellas que auroras,
Con voces sonoras
Te canto, mi bien;

Que son, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

LETRILLA VIII.

Anda, mi Zagal, anda;
Traeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles roxos
De allá me traerás;
Esto, y nada mas
Tu Elisa te manda.

Anda, mi Zagal, anda;

Traeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

Mucho hay que entender
En esto de flores;
Pues suele escoger
Tal vez las peores,
Quien tras las mejores
Audaz se desmanda.

Anda, mi Zagal, anda;
Traeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

En Miranda, dicen,
Que se aprende a amar;
Y otros lo desdicen,
Con me replicar,
Que en qualquier lugar
Amor triunfa, y manda.

Anda, mi Zagal, anda;
Traeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

La fuente y la flor,
El bosque y el prado,
Dicen, que de Amor
Allí está tocado:
¡Y á mí no me es dado
El ir á Miranda!

Anda, mi Zagal, anda;
Traeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

LETRILLA IX.

En la floresta un Pastor
Su amor á Silvia contaba;
Pero ella le preguntaba:
¿Qué paxarito es Amor?

El la dice: Silvia hermosa,
Desde el punto que te ví,
En el corazon sentí
Una flecha rigorosa:
Dicen que un niño traidor
Me la arrojó de su aljaba;

Mas ella le preguntaba:
¿Qué paxarito es Amor?

El dice: aunque por los ojos
Me ha entrado este crudo mal,
Yo jamás sentí otro tal,
Ni que me dé mas enojos:
Cuentan, que aqueste dolor
Clori á su Zagal curaba;

Mas ella le replicaba:
¿Qué paxarito es Amor?

El dice: si tú gustaras
Dierasme un remedio sano,
Tan solo con que tu mano
Al corazon me aplicaras:
Pero si usas de rigor
Verás que tu Elisio acaba;

Mas ella le importunaba:
¿Qué paxarito es Amor?

LETRILLA X.

La Rosa de Abril.

Zagalas del valle,
Que al prado venís,
A texer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La rosa de Abril.

Su sien coronada
De fresco alelí
Excede á la Aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La rosa de Abril.

Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí

Dó la vez primera
Sus luceros ví:
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fui,
Su dueño me llama
La rosa de Abril.

La dixe: *¿me amas?*
Dixome ella, *sí*;
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil:
El Amor de envidia
Cayó muerto allí,
Viendo qual me amaba
La rosa de Abril.

De mi rabel dulce,
El eco sutíl
Un tiempo escucharon
Londra y colorin:
Que nadie mas que ellos
Me oyera, entendí;
Y oyéndome estaba
La rosa de Abril.

En mi blanda lyra
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dixo:
Mira el tuyo aquí;
Y el pecho mostróme
La rosa de Abril.

El rosado aliento,
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí:
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmin,
Excede en fragrancia
La rosa de Abril.

El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Venus

Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de Abril.

ROMANCES.

ROMANCE I.

El Ramo de la mañana de San Juan.

La mañana de San Juan,
Quando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados;
Entonces, quando el Lucero
Del Alba sale baylando,
Delante la deseada
Aurora mayor del año;
Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, Zagala, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultivaron.
Tomalo á bien, mi Señora;
Recibelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos.
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,
Regocijo de tu calle,

De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrimale á tu hermosura,
Y será él mas adornado.
Tome él, como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente,
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado
De tu aliento, y la fragrancia
De tu pecho soberano.
Que yo, Zagala, le juro,
Que él será rey de los Ramos,
A quien salva harán rendidos
Ruiseñores soberanos.
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando;
Y las que no te compiten
Lo verán con sobresalto.
Y yo, Zagala, á su dicha,
Esta letra iré cantando;
Que por si no la escuchabas

Te la puse al pie del Ramo.

¡Qué florido estais!
¡Qué dicha teneis,
Ramito de flores
De mi dulce bien!

Decid á la Rosa
De tan feliz Ramo;
Es solo la hermosa
Ventura que yo amo,
Y el dulce reclamo
Del Niño Amor es.
Ramito de flores
De mi dulce bien.

ROMANCE II.

La enemiga del Amor.

De la muerte y de un Pastor
Florindo vive envidioso:
Mucha tiene de la muerte;
Pero mas tiene de Mopso.

Juanita la mal hadada
De la hermosura pimpollo,
Que tanto el Zagal queria,
La muerte cerró sus ojos.
Nunca le diera los brazos;
Mas solo la fé de esposo,
Que á lograrlos, no viviera
Mortal que llegó á tal colmo.
No vistió luto el cuitado
De la doncella en abono;
Mas si es luto la tristeza
Tres años se vió en su rostro.
En los bayles del exido
Y en los pastoriles coros
Le pensaron por su falta,
Estar ojeado del lobo
Como á las sombras el Alba
Siguió á la pena del mozo
El nuevo amor de Crisalda,
Premio á su virtud bien corto.
Porque como nunca viene,
Como dicen, un mal solo;
La que en un tiempo le quiso,
Le faltó mudable en otro.

Por respetos de fortuna
Casó Crisalda con Mopso:
Mopso el rico del Aldea,
Pero el mas simple de todos.
Naturaleza y fortuna
Son de la vida los polos;
Feliz el hombre que encuentra
En qualquier de ellos apoyo.
Pero á quien ambos persiguen
Mal se llamará dichoso;
Si no ignora que es desprecio,
O sabe de amores poco.
Esto le cantó Florindo
A Crisalda junto al soto,
Donde apenas ella pudo
Desentenderse á su tono;
Pero en señal de su enfado
Torció la Zagala el rostro:
Calló el Pastor, y ausentóse
Por la selva sola solo.

ROMANCE III.

La firme resolucion.

Zagala hermosa del Tajo,
Lumbre de sus Pastorcillas,
Alma real, en cuerpo hermoso,
Tres veces de imperio digna.
Si sobre todos mis males
Cruel Cielo determina,
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva:
¿Qué culpa tendré, Señora,
Que mi corazon opriman,
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?
Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamás se mira,
Ni muestras de bello riso
Aparece en mis mexillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el Cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Lejos de toda alegria;

No armes tu rigor, Señora,
Contra aquesta alma mezquina:
Tu piedad merezca al menos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á tí cuitada,
Perseguirán algun dia
Saetas de desconsuelos
Enarboladas de acibar.
Bien como amanece ufana
La pomposa clavelina,
Y el granizo la destroza,
O el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida,
Rápido vuela el deleyte,
Pesado el dolor camina.
Por último desengaño
Mi corazon solo aspira,
A elevarse en su baxeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjea,
Ni me vale la mentira.

Solo una alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza;
Esta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contará Lisardo
Que sois vos, Lisi divina,
Alma, dó el saber se hospeda,
Pecho, dó el candor se anida.
¿Y querrás que no te adore,
Y dirás que no te siga,
Quando lo que yo en tí veo
A llanto y dolor me incita?
Opóngaseme la noche
De la ausencia de tu vista;
Opóngaseme la nube
De la pasion mas temida;
Que siempre ansiaré por tí,
Luz de mis ojos querida,
Alma real, en cuerpo hermoso,
Mil veces de imperio digna.

ROMANCE IV.

La salida de Amarilis al Zurguen.

Venid, venid Zagalejos,
Que al Zurguen sale Amarilis,
Si es que el Alba á media tarde
Ver alguna vez quisisteis.
Vereis triscar los corderos
Quando á mi Pastora miren;
Y que dó quiera que vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto vereis que esfuerzan
Alondras y colorines;
Y que nacen azucenas
Donde la sandalia imprime.
Que la senda por dó pase
Olor de Casia despide;
Y que si los troncos toca
Producen blancos jazmines.
Vereis como el arroyuelo
Por boca de perlas rie;
Y saltar los pezecillos,
Quando á su estanque se mire.

Salir vereis los Zagales
Con flautas y tamboriles;
Los Zagales que en prisiones
De sus rubias trenzas viven.
Tristes vereis las Pastoras,
Quando de ellas se retire:
¿Pues qué los tiernos Zagales?
Los vereis mucho mas tristes.
Y á mí en fin vereisme ufano,
Si es que: *á Dios, Zagal*, me dice:
Empero si no me hablare
De pena vereis morirme.
Así cantó Arcadio, á tiempo
Que llegó al prado Amarilis,
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo Sol la miren.

ROMANCE V.

La fina satisfaccion.

Guardete Dios, Zagaleja,
De los mis ojos Aurora,
Deidad del Zagal Arcadio,

Y de sus corderos gloria.
¡O quán galana á mis ojos
Eres mi dulce Pastora!
¿De dó vienes tan ufana?
¿De dó sales tan graciosa?
Tus ojos despiden rayos,
Vierte dulce miel tu boca,
Tu seno vence la nieve,
Tus plantas producen rosas.
¡Ay como no puede Arcadio,
Aunque asaz fino te adora,
Corresponder al amor
Con que tú muy mas le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el Alba me asoma,
Tus mexillas me dan flores,
Tus labios me dan aljofar.
¿Sabes tú quan dulce le amas?
¿O quan tierna le enamoras?
¿Con quales luces le miras?
¿Con quales gracias le arrobas?
Así dixo amante Arcadio,
En el dia de sus bodas,
A Amarilis que le escucha

Con aquel pudor de novia.
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé, Pastora,
Que dexaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y así dexame, Zagala,
Que en sazon tan amorosa
Te pague quanto me quieres
Con un beso de mi boca.

ROMANCE VI.

La Advertencia.

Quince años tienes, Zagala;
Y aun dudo si son cumplidos:
Flor de hermosura, bien digna
De mas honesto retiro.
No ha mucho que te creia
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besando el materno pico.
Y ya, á quantos ves los quieres:
Como si fuera lo mismo

Solicitar tú á los quince,
Que otras á los veinte y cinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo,
Mas que la atrevida mano,
Que la arrancó del espino.
Con las Pastoras de treinta
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad
Usas de afeytes fingidos.
¡Oh! guardate, que te llevan,
A dar en un precipicio
De dulce entrada, y salida
Mas amarga que torbisco!
Encontrarás mil Pastores
En las palabras muy finos,
Mas de tan dañados pechos
Como el aspid vengativo.
Perseguirante qual lobos
De ovejas blancas vestidos;
Hasta robarte la prenda
Que guardar no habrás sabido.
Harto te he dicho, Zagala,
Si quien te dió tan divino

Rostro, te dió entendimiento
Para estimar mis avisos.
Así á una simple Serrana
Requirió Delio al oido;
Y al ver que el rostro apartaba,
Con mas blandura la dixo:

No fies de los hombres,
Niña, no fies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes extraños:
No de sus engaños
Tu candor confies;

Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

Tu bien va contigo,
Echale mil llaves;

Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo:
Mas no á lo que digo
El rostro desvies.

Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

ROMANCE VII.

La Reprehension.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños
Dexa estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Quando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entonces deshecho en llanto
A besarla el pie desciende.

El ser humilde y discreta
Bien los Cielos te conceden;
Pero ser altiva y sabia,
Quien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pabo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamás alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, Zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que antes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que quanto mas alto sube
Mas presto se desvanece.
Misterio de la humildad,
Que quando así se envilece,
Entonces empieza á alzarse
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que mas honda
Echar la raiz pretende,
Alza la florida copa
Corona de los vergeles.

Así que, Zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendecirante las gentes.
Darate la Aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se exceda en tu elogio
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fenis,
Que cansada de escucharle
Como quien se agravia duerme.
Rogaranle otros Zagales
Que el cantar en vano dexe;
Y él de la ingrata Pastora
Se despidió de esta suerte:

Ser Reyna de la Aldea
　Quieres, Zagala,
Pues vé que en ser altiva
　No logras nada.

Ser rey de las flores
El girasol quiso,

Y al Sol adulando
Encumbróse altivo;
Mas ya ves, que ha sido
Su intencion fustrada:

Así que en ser altiva
No logras nada.

La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro;
Es quien reyna ha sido
Del campo nombrada:

Así que en ser altiva
No logras nada.

CANTILENAS.

CANTILENA PRIMERA.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado:
Busquele congojosa;
Ay triste! y no le he hallado!
Antes que el Sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes;
Cercaré las cabañas
De los demas Pastores,
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna;
Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa,
Que mi pasion zelosa
No la haya registrado,
Hasta que halle a mi Amado;
Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa,
Ay triste! y no le he hallado!

CANTILENA II.

Ya la rosada Aurora
Por el balcon de Oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto;
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la Luna el oro,
Y á los Astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De páxaros sencillos.
Con blandos zefirillos
El prado en perlas quaja
Y entolda de jazmines;
Y á abrir las flores baxa
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores
En luces baña el viento,
Y en bálsamo las flores.

Los dulces amadores
En llanto enterneciendo;
Y al pecho duro haciendo
Mas blando y amoroso:
Tú, Alexî desdeñoso,
Aprende de la Aurora
Qual los otros amantes;
Y mira como llora
Aljofares brillantes
En lágrimas deshechos
De sus cándidos peçhos.
Mas si amas mas despojos
Ven, mirate en mis ojos,
Veraslos perlas hechos.

CANTILENA III.

Ahora que suave
La Primavera hermosa
Al año abre la llave
De su cancel de rosa:
¿Qué alma no está gozosa
Y ahuyenta sus martirios
Viendo las azucenas
De aljofar y oro llenas,

Los claveles y lirios
En que el placer retoza;
Quando la vista goza
Del tapiz mas lucido,
Y la alfombra mas rica
De quanto multiplica
Mayo y Abril florido?
Ven, Alexis querido,
Ven, ven á la floresta;
Porque ¿qué mayor fiesta,
Ni que mayor recreo
Hallar puede el deseo,
Que oir los ruiseñores
Cantar cabe las fuentes,
Y en campos florecientes
Coger hermosas flores?
¡O amor de mis amores!
Ven, ven al bosque ameno
De todo placer lleno;
Verás como cantamos
Debaxo de sus ramos
Tan alegres cantares,
Que los duros pesares
A su pesar burlamos.

CANTILENA IV.

Un tiempo inadvertida
Seguí la caza ufana,
Al rito de Diana
En todo prevenida.
La trenza mal prendida
De un lazo sin concierto;
Un pecho y otro abierto;
Debaxo de él un cinto
De bello laberinto,
Que en pertrechos brillaba:
De Corinto la aljaba
Con las saetas de oro
A la espalda colgaba
Con un ruido sonoro:
Un venablo liviano
Y una punzante flecha;
Esta en la izquierda mano,
Y aquel en la derecha;
De esta arte satisfecha,
En soledad cerrada
Al jabalí seguia,
Y al corzo noche y dia:

En este afan cebada
De jabalís y de osos,
Y varia montería,
Con los despojos via
Mi casa coronada:
Hasta que importunada
Por tus blandos suspiros
Que son de amor los tiros,
Al cabo fui rendida,
Y mi altivez vencida;
Quando me fue mostrado
De pena y alegria
Un no sé qué mezclado
Que nunca visto habia,
Y hacer amar podia
Los mármoles y bronces.
Arrepentida entonces
Del desabrido engaño
De aquel mi afan extraño,
A Cintia le decia:
Toma desde este dia
Tu bocina, arco y cinto,
Y aljaba de Corinto;
Toma allá si te agrada

Tus lazos y tus flechas,
Que en redes mas estrechas
Estoy de Amor cazada.

CANTILENA V.

Qual suele en ayre obscuro
Centella amortiguada
Rompiendo el azul muro,
Dexar de luz bañada
La bóbeda estrellada;
Y aquel que la columbra,
En su quietud sabrosa,
Le arrebata y deslumbra
La vista tenebrosa:
Tal yo la vez primera
Que ví el claro semblante
De mi adorado amante,
Turbada y pensativa
Quedé en nueva ceguera
De sus ojos cautiva.

CANTILENA VI.

Qual simple paxarillo
Que en una fuente pura
De una falsa hermosura
Le llama el reclamillo;
Acercase sencillo,
Quando el vuelo atajado
Entre la liga siente:
Su prision no consiente,
Y se halla mas ligado;
Hasta que ya cansado
Por mas que audaz forceja,
De vencido se dexa
Quedar en la red preso:
Tal siento yo que opreso
Tengo el suelto alvedrio,
Sin ver por qué, sin brio;
Vencido, y aherrojado
Se encuentra sin reposo,
A un sinsabor gustoso
El corazon ligado.

CANTILENA VII.

Pára, Ruiseñor blando,
Pára tus dulces ecos,
Que de esos ramos huecos
La pompa está escuchando:
Parate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas;
Serasme fiel testigo
Del disfavor, quebranto
De la amargura y llanto
Que me dexó mi amigo;
Mas no: sigue tu canto,
Paxarillo sonoro,
No prives del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oir tu lengua hárpada
De Reyes escuchada;
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fé y recato,
A coronar no viene;

Disculpa propia tiene
Por hombre y por ingrato.

CANTILENA VIII.

Ven, ven, Filena mia,
Que ya se pasó el dia;
Ven, ven á mi cabaña,
Que de Aquilon la saña
Mil yelos nos envia.
Ven, ven, que los Pastores
Sus hatos recogieron,
Y á descansar se fueron
Con sus Zagalas bellas.
Ven, ven, sigue mis huellas;
Ven, llegate á mis brazos,
Donde en sabrosos lazos
Será mi amor eterno;
Y acabará el infierno,
En que mi pecho pena
Desde Zagal muy tierno:
Si noche tan serena
Amor nos ha dispuesto,
Llega á mis brazos presto;

Llega, llega, Filena,
Llega, y cante otro el resto
De aquesta Cantilena.

CANTILENA IX.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido;
Y apenas le hube herido,
Me atraxo su harmonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro:
Quando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De roxo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,

Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del Sol el señorío
Y magestad augusta,
Que no hay fanal que iguale.
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta,
Medrosa de su brio.
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento
Quando mas lo desea
El baxo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Quando ella así me dixo:
Muchachuelo prolixo,
Tu gracia lisonjera.

Un poco mejor fuera,
Que en tí la acomodaras,
Y no me avergonzaras.
No soy Alba, ó Lucero,
Mas te adoro y te quiero:
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quizá en mil amantes
No lo hay tan verdadero.

CANTILENA X.

Un Colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y así regocijado

Dulce la saludaba,
Y alhagos mil la hacía.
Ya en su alda se ponia,
Ya de ella se apartaba;
A su seno volvia,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba
Parece que contaba
A mi bien su contento
No lejos de su oido;
Mas ella con el ruido
Abrió sus ojos bellos,
Y el páxaro que de ellos
La hermosa lumbre vido;
Cayó en su falda herido.

ANACREÓNTICAS.

ANACREONTICA I.

Siendo yo niño tierno
Iba cogiendo flores
Con otra tierna niña
Por un ameno bosque.
Quando sobre unos mirtos
Ví al Teyo Anacreonte,
Que á Venus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voyme al Viejo y le digo:
Padre, dexe que toque
Ese rabel que tiene,
Que me gustan sus sones.
Paró su canto el Viejo,
Afable sonrióse;
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lyra:
Toquela, y desde entonces
Mi blanda Musa solo,
Solo me inspira amores.

ANACREONTICA II.

¿Quién es aquella Ninfa,
Que por esos jardines
Viene dando á las flores
Mil cándidos matices?
¿De púrpura vestida
Con lazos carmesíes,
Que el ayre y gentileza
Del bello dueño dicen?
¿Ceñidas sus garzotas
De rosas y alelíes;
Y de Ninfas cercada,
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Venus,
La gran Deidad de Chipre:
Pues no, Zagal, no es ella,
Que es mi Pastora Nise.

ANACREONTICA III.

Al son de los rabeles
Que en estas selvas tocan
Formando alegres danzas

Zagales y Pastoras:
Echa, Batilo, vino,
Y asaz llenas las copas;
Brindarás tú á mi Nise,
Brindaré yo á tu Flora;
Y entrambas coronadas
De mirtos y de rosas,
A honor de Baco baylen,
Que nos asiste ahora.
Que yo tomaré luego
Mi cítara sonora,
Y cantaré contigo
Letrillas mil graciosas.

ANACREONTICA IV.

Si alguna vez me veo
De tristezas cercado,
Que juntas á porfía
Me estan atormentando;
Luego, luego á tus brindis
Me entrego, ¡ó Padre Baco!
Y á fé que las tristezas
Huyen mas que de paso.

ANACREONTICA V.

Durmiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egón los brazos
Gózaba de mi Nise.
Yo entonces entre sueños
Incorporarme quise,
A vengar con su muerte
Mis zelos insufribles.
Pero desperté en esto;
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volví luego á dormirme.

ANACREONTICA VI.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas;
Y con él ambas manos
Me ligaba alhagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que facil cosa fuera,
Quebrantar las lazadas

Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré triste,
Quando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

ANACREONTICA VII.

Corra el otro indignado
A las sangrientas lides,
Ansioso de algun triunfo
Que su nombre eternice.
Que yo quieto en mi Aldea
Solo correré al brindis,
De aquel licor suave
Que á Baco dan las vides.
Licor que es muy sobrado
A hacer que el hombre triste,
En sus mayores penas,
Se aliente y regocije.

ANACREONTICA VIII.

Debaxo de aquel arbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,
Donde el fabonio sopla;
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa;
La mesa, ó Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino,
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas;
Y dexa que en la Corte,
Los Grandes, en buen hora,
De adulacion servidos
Con mil cuidados coman.

ANACREONTICA IX.

No busco de Alexandro
Los prósperos sucesos,
No envidio sus haberes
Al opulento Creso.
No á Adonis su hermosura,
No á Alcides el esfuerzo,
No, no á Platon su ciencia,
No, no su lyra á Orfeo.
Solo la dulce vista
De la que me ama quiero,
Que estimo en mas sus ojos
Que todo el orbe entero.

ANACREONTICA X.

Batilo, echame vino,
Llena el vaso, muchacho:
Mira que no le llenas,
Echale hasta colmarlo.
Echa otra vez; pues este
Lo mismo que el pasado
De un sorbo le he bebido;

Con la misma sed me hallo.
Echame otra vez, que este
Le consumí de un trago:
Que ó bien mi sed es mucha,
O me han mudado el vaso.
Otra vez echa, ay cosa!
Que en el vaso que acabo,
El anterior, y el otro,
Efecto no he encontrado.
Pues echa este, otro, y otro,
Y hasta mil sin contarlos;
Porque ó mi sed es mucha,
O me han trocado el vaso.

ANACREONTICA XI.

Bebe, bebe, mi Nise:
Come, muchacha, come:
Porque sin Baco y Ceres
Se hielan los amores.
Llena, llena la copa
De los dulces licores
Que el alma nos alegren,
Que el seso nos trastornen.

Come, come, no ceses:
Bebe, bebe, no aflojes;
Los vinos se varíen,
Los manjares se doblen.
Bebe esta copa y otra,
Y otra, y otra, que entonces
Verás herbir tu pecho
De amorosos ardores.
Y que sin recatarse
Se unen los corazones,
Se doblan los abrazos,
Y excitan los amores.

ANACREONTICA XII.

Baxaba por los vientos
Un rayo despedido
De la suprema mano
De Júpiter divino.
Viólo el Amor, y al punto
Hácia él se fue atrevido;
Y entre sus tiernas manos
Ayrado lo deshizo.
Y al fin se volvió ufano,

Dando á entender el niño,
Que es el Amor mas fuerte
Que el fuego mas activo.

ANACREONTICA XIII.

Corte, corte en buen hora
El Guerrero invencible
Laureles, que en su frente
Su esfuerzo y gloria indiquen.
Y á mí, muchacho, solo
Solo cortame vides;
Y de sus frescas hojas
Mis rubias sienes ciñe.
Que esto á mí me es muy propio,
Que á Baco sirvo humilde,
Que me armo de su copa,
Y triunfo con sus brindis.

ANACREONTICA XIV.

¿No ves, Nise, la envidia,
Murmurio y sobresaltos,
Y odios con que en la Corte
Vivimos angustiados?
Pues lejos, lejos de ella
Salgámonos al campo,
Que allí vivir podemos
La dulce paz gozando.

ANACREONTICA XV.

Vuela, Ruiseñor blando,
Vuela, y cuentale á Nise
Las lágrimas, que á Arcadio
Llorar por ella viste.
Dile que ovejas, flores,
Aves, fuentes y vides,
De su desden murmuran,
De mi dolor se aflijen.
Dile, como en su ausencia
Solo su voz repite:
Llorad, ojos cansados,

Salid , lágrimas tristes.
Dile en fin , que se acuerde:::
Pero ya nada dile;
Dí solo , si gustares,
Dí que espirar me viste.

ELISA.

IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.

El Clavel.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma Primavera, en mil olores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Zéfiro en mil olores.

Ya alzando al Cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana;
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hòjas, y de frutas llenas,
De rosicler y grana;

En mi huerto produxo el mas hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso,
El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora;
Corto vivir le destinó la suerte,

Y solo un sol solemnizarle advierte
En risa el Alba, en lágrimas la Aurora
Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,
O bello ayron de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma, que á tí te ha consagrado
Su afecto lisonjero.

Logrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fue pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á tu lado consiga eterna vida
En un Abril eterno.

IDILIO II.

La ausencia.

Mirote en noche del helado invierno
Botos tus cuernos, Luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.

Tal yo mezquina entre una niebla obscura
Quedo al desden que el ánimo me yela,
Sin luz ni gala, mi cariño vuela,
Mísero, solo, y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.

Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á tí he dado cuenta de mi vida
Como á la Secretaria mas querida,
Que el Cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.

Que si acaso el cruel, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegáre aquí á sazon, que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el anima me lleva,
Que el brazo de la muerte.

IDILIO III.

Los Zelos.

Tú, Ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces las selvas con querellas,
Su gravísimo daño lamentando
Al Cielo y las Estrellas.

Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo harpado.

¿Quién te persigue? ¿Quién te aflije tanto?
Si acaso es de amor la tiranía,
Consuelate con la desdicha mia,
Que advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.

No me desprecies quando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajaras;

Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviaras.

¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de zelos, que derriba
El edificio amante, que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IDILIO IV.

Duracion de su amor.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los zéfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;

Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al Cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Y veis como os retrata;

Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo;
Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza,
Crezca mi amor, mi nombre, y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el Cielo,
Ornandoos de belleza.

Siete años hace ya que en mi alma exênta
Con imperio unos ojos han reynado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumento, no, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

IDILIO V.

Ilusiones de la tristeza.

Descaminada, enferma, y peregrina
La esteril tierra piso:
Ocultase la luz que me encamina,
Y tiemblo de improviso.

Ayrado el Aquilon tronca las plantas,
Silvando en las cavernas:
Suspenden sus dulcísimas gargantas
Las avecillas tiernas.

Marchitanse estos prados, quando miran
El fuego de mis ojos;
Las florecillas de ellos se retiran,
Armándose de abrojos.

Copian mi rostro pálido las fuentes,
Y enturbian sus cristales:
Huyen de mí las fieras inclementes
Con bramidos fatales.

¿Quién les dixo mi mal? ¿Quién les dió cuenta
De mi dolor callado,
Quando el ardor que el alma me atormenta
Decir me está vedado?

¿No te basta, cuitada, el miedo estraño
Que dentro el alma sientes,
Sin que todas las cosas en tu daño
Se muestren inclementes?

Llora, ay misera! llora, pues el llanto
Solo á tu mal conviene;
Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto
Remedio alguno tiene.

IDILIO VI.

Delirios de la desconfianza.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio donde no me guardo
Sigo la senda, preso el alvedrio
Con pie dudoso y tardo.

Nuevo ardor me arrebata el pensamiento;
Discurro por el yermo con pie errante;
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento,
Huyen de mí un instante.

Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon en fuego enardecido
Se explayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.

Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inutil viento.

Los que en la primavera de sus dias
Temieren el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores;
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

IDILIO VII.

La agitacion.

¡Ay como ya la alegre Primavera
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que antes se vió aterida!

Suelta el raudal su risa harmoniosa;
Y canta el ruiseñor con trino doble;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa,
Y con la yedra al roble.

¡Qué de veces me vió rosada Aurora
Mustia y debil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!

Cae del Cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo:

Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo.

Que despierto asustada: y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio:
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

Triste de mí que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos dexa ciego,
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego.

IDILIO VIII.

El desfallecimiento.

Delicioso vergel, fuente risueña,
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró mas alta
Al cóncabo enyedrado de otra peña
Lleno de aljofar salta.

En este soto un tiempo entretenido
La flor mi breve pie pisó contento:
Ví aquí mas verde juncia, allí mas viento,
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento.

Pues ya del Sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos que aman el retiro;
Y ciega del humor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera parca miro;

Cielos, ¿á qual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera

En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que antes de gozarla, parca airada
Corte mi flor primera?

Del seno obscuro de la tierra helada
Llamarme con terribles voces siento:
Tristes sombras cruzar ví por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.

No me aterra la muerte, ni rehuso
El dexar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con mi vivir confuso
De mi cuidado asida.

Siento haber de dexar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
Y yermo un corazon que tuyo ha sido,
Donde todo el amor reynó hospedado,
Y su imperio ha estendido.

No el morir siento, ¡ay Dios! siento el dexarte:
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraiso y gloria el verte;
¿Qué gozaré, dexando de gozarte,
Sino perpetua muerte?

EGLOGAS.

EGLOGA PRIMERA.

Emilia quejosa.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
Por Narciso, un pastor que en gentileza
Ningun otro del Betis le igualaba,
Mas lleno de rigor y de aspereza;
En vano la Pastora le buscaba,
Que donde falta amor todo es crueza;
Y quanto era mayor su desden frio
Mas la Zagala siente su desvío.

Sola Emilia con solo su cuidado,
Siempre que Febo al mundo amanecia,
Sin esperanza al bosque mas cerrado
A lamentar su mal se retraia:
Y volviéndose al Cielo despiadado,
Y al pastor sin piedad que no la oia;
Cebada en su desden la llama fiera,
Cantó qual si presente le tuviera.

No te duele mi mal, Narciso amado,
Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras;
Ni de humana piedad un solo grado
Pienso que alberga en tus entrañas duras;

Yo en tu amor siento el corazon llagado;
Tú siempre en desamarme te apresuras,
Como si gloria á tu beldad le dieras
Cruel siendo á mis ansias lastimeras.

Mis Corderillos buscan la guarida
De la sombra en los álamos mayores;
Entre las zarzas frigida acogida
Procuran los lagartos saltadores:
Nais da en sazon la rústica comida
Con mil yerbas de olor á los pastores;
Conmigo por seguirte entre la arena
Al Sol abierto la cigarra suena.

¡Ay triste! mas valiera el zahareño
Desden de Alfesibéo haber sufrido;
Y pues me amaba con tan fino empeño
Mi altivez loca á Tirsi haber rendido:
Bien que es el Tirsi de color trigueño,
Y tú como la nieve esclarecido;
Mas no fies, que siempre vi apreciado
Sobre la blanca flor clavel morado.

Soy el desden de tu altivez ingrata,
Y por tu antojo mis tesoros truecas:
Mis rebaños cubiertos de escarlata,
Y en miel colmadas mil colmenas huecas;

El queso, gruesa leche, y fresca nata
No me faltan jamás, ni frutas secas;
Y canto qual Filena ya cantaba,
Quando oyéndola el valle se pasmaba.
Ni tan disforme soy, que en los cristales
Del rio en una siesta sosegada
Mi rostro viendo, y plácidas señales
No temí ser con Clori comparada:
Ni temeré tu juicio en casos tales,
Ni pensaré de tí ser despreciada;
Así no desprecíases la floresta,
Su sencillez, y juego de la siesta.
El perseguir con flecha ennerbolada
El ciervo corredor te venga en grado;
Regir de ovejas una grey nevada
Con el verde taray no te dé enfado;
Ni te pese morar la regalada
Estancia en que las Diosas han morado;
Que cantando las selvas moraremos,
Y juntos al Dios Pan imitaremos.
El la pastoral flauta halló con arte,
El de diversas cañas la ha arreglado,
La variedad de voces le reparte,
Y nos guarda solícito el ganado;

Mas no te pese altivo el adestrarte
Al uso de ella el labio delicado,
Que Alexî se perdia por sabello
De mil Zagalas siendo hechizo bello.

Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil con labores de corales,
Que hube por manda del gentil Lidoro,
Diciéndome al morir palabras tales:
Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro
Cantando á mis exêquias funerales:
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.

Ofrecente del bosque las doncellas
Las rosas y azucenas de su falda;
Y en canastillos delicados de ellas
Las flores del anis, tomillo y gualda:
De roxo acanto, y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda;
O entretexido en frescos mirabeles
A tu sombrero un ramo de claveles.

Y yo te cogeré roxas manzanas
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán mas deliciosas;

Y otras frutas tardías, ó tempranas
Te daré; mas serán inoficiosas,
Que tú gusto en mis dádivas no pones,
Y Alcina no está falta de estos dones.
Alcina::: mas, ¡ay locos frenesíes!
¿Qué hago perdida en mi dolor vehemente?
Fuego puse al rosal, que en carmesíes
Botones me dió el Mayo floreciente:
En el agua lancé los alhelies
Turbando su cristal resplandeciente;
Mi rebaño olvidé..... la rabia ciega
De los zelos de amor á tanto llega!
La leona feroz por la colina
Tras el tímido lobo sigue ansiosa;
El carnicero lobo se encamina
Contino tras la cabra reboltosa;
Y la traviesa cabra el paso inclina,
En pos de la retama apetitosa;
Yo á tí te sigo, mi delicia amada,
Que arrastra á cada qual lo que le agrada.
Sobre los yugos el luciente arado
Los bueyes tornan ya de sus labores;
El Sol huye con paso apresurado,
Las sombras van haciéndose mayores;

Y el fuego en que mi pecho está minado
Ni mitiga, ni aquieta sus ardores;
Que place al ciego amor no dexar hora
De reposo á su llama asoladora.

¡Ah, Emilia! ¡Emilia triste! ¡qué locura
Te perdió! que en tu mal abandonada
Dexas errar tu grey por la espesura;
Ay! torna ya en tu juicio recordada:
Texe algun canastillo con mixtura
De blanca y prieta miembre delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás mas cariñoso.

EGLOGA II.

Alexis, Delio, Poeta.

Alexis.

Sabroso campo mio,
Vida feliz, alegre, y descansada,
Arboles, fuente, y rio,
Dó mora la verdad, y es apreciada;
Triste del que carece
Del dulce bien, que el Cielo aquí le ofrece!

Delio.

Desapacible vida
Para mi donde faltan las verdades;
La inocencia es vendida;
Engaños hay, falacias y maldades;
Feliz aquel se cuente,
Que escapó de tratar tan doble gente.

Alexis.

Dulces son los albores
De Febo, al que en la noche erró el camino:

A la abeja las flores;
Y al ánade el arroyo cristalino;
Pero á mí mas gustosa
Me es la vida del campo deliciosa.

Delio.

Duro es el viento airado,
Que los pinos trastorna en las montañas;
El ladron no esperado,
Y el turbion que destroza las cabañas;
Mas para mí es mas duro
El orgullo, que encierra un alto muro.

Alexis.

No á la agua placentera
Asi corre el corcillo fatigado;
Ni la blanca cordera
A su Pastor, que pan con sal le ha dado;
Qual mi Lisi prendada
De la vida del campo á mi majada.

Delio.

Nunca rehuye tanto
Paloma al alcotan, que la ha seguido;

Ni el aspid al encanto
Del mago adulador tapa el oido,
Quanto mi Zagaleja
Del tumulto civil huye, y se aleja.

Alexis.

Ameme mi Pastora
Sobre los Zagalejos mas galanes;
Saludeme á la Aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanes;
Que todo lo habré en nada,
Si del valle el placer la desagrada.

Delio.

Si le place, desprecio
Muestreme Fili ingrata á mis amores;
Prendase del mas necio,
Coronele de rosas y favores;
Con tal que no la vea
Que á ver los Ciudadanos ir desea.

Alexis.

Al Mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al Sol el dia,

Los novillos la grama,
Y el verde campo la Pastora mia;
Pues amen nuestros prados
El Sol, las flores, tórtola y ganados.

Delio.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano;
Ni el ave á la serpiente,
Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la Ciudad no quiera,
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

Poeta.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos Zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardeciendo;
Cuya harmonía oyendo
El coro de las aves,
Correspondió con músicas suaves.

EGLOGA III.

Tirsis, Cintia, Poeta.

Tirsis.

Canta y sigue mi voz, Pastora hermosa,
Galana qual la fertil primavera;
Gloria de este pensil, y mas hermosa
Que en el bosque la palma placentera:
Y asi á tu amor le seas mas sabrosa
Que del pichon su dulce compañera!
Que acompañes el debil canto mio,
Celebrando el placer del bosque umbrío.

Cintia.

Canta y vuelve á tu son, Pastor donoso,
Lozano como el Mayo florecido;
De esta arboleda honor, y mas garboso
A mis ojos que el plátano crecido:
Y asi á tu bien le seas mas gracioso
Que á la ovejilla el recental nacido!
Que prosigas tu tono comenzado,
Festejando el contento de este prado.

Tirsis.

Dichoso el que de aqui mira cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes del riguroso Invierno yerta,
Ya de verde esperanza coronada:
Y libre del pirata, alegre puerta
Abre al Sol, con sus rayos fecundada;
Y con los dones de la dulce Flora
Del pasajero el ánimo enamora.

Cintia.

Pues feliz el que aqui ve de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dando con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia:
Y de ellos ve con dulce muchedumbre
Destilar leche y miel en esta estancia,
Quando el precioso cuerno de Amaltéa
Al gusto humano todo lo hermoséa.

Tirsis.

El laurel verde, y arrayan preciado,
Que á Apolo enamoró, que Venus quiso,

El pino de Cibéles estimado,
Y el bello transformado Cipariso,
Y el limpio acebo y álamo copado,
Volviendo este lugar un paraiso:
Acá y allá los trae viento sereno,
Llenando de placer el sitio ameno.

Cintia.

La yedra de Lyeo al olmo prende;
La hermosa vid sus pámpanos dilata;
Romero, casia y cínamo traciende
De aljofar argentada cada mata;
Y de Ceres la mies aqui se extiende,
Qual golfo hermoso de dorada plata;
Ensortijando cada hermosa arista
Deleitan á el olfato y á la vista.

Tirsis.

De entre mármoles bellos de colores
Las regaladas fuentes se deslizan;
Y el ambar usurpándole á las flores
Su líquido cristal aromatizan;
O ya los arroyuelos trepadores
La blanca espuma con primor entizan;

Y en blanda risa y plácido sonido
Al corazon alegran y al oido.

Cintia.

La alfombra de este valle se enriquece
De verde, azul, y roxo engalanada;
El clavel rey, y reyna rosa crece
De cristalino aljofar coronada:
Jazmin y azar fragrancia nueva ofrece,
Y el lirio y azucena nacarada;
Dando á qualquíera que á este sitio arriba
Grata quietud, que el ánimo cautiva.

Tirsis.

Aqui el venado y corderillo corre
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena:
Quando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abriga de retozos llena;
Y coleando el cachorro lisonjero
Dan al Pastor su gozo placentero.

Cintia.

Aqui las aves con sonoro acento
Cantan al son de las inquietas hojas;
El colorin su amor y su contento,
Filomena sus zelos y congojas:
O ya en tropa veloz cortan al viento
Encopetados de plumillas roxas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celestial reclamo.

Tirsis.

Quanto el vecino Tajo celebrado
En caudal vence al líquido arroyuelo;
Quanto por cima el trebol desmedrado,
Se descuella el ciprés alzado al Cielo;
Tanto sobre el estrépito y enfado
De la Ciudad me es grato el verde suelo,
Y la vida del campo delicioso;
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso,

Cintia.

Qual la Aurora al perdido caminante,
O al prado lluvia que el Abril envia;

Qual al ciervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Asi al mortal de su quietud amante
El vivir en el campo es alegria,
Y mas en esta estancia regalada;
Guardad, Faunos, guardad la selva amada.

Tirsis.

Venga el antiguo Pan de los Pastores
Su rostro de purpurea mora ungido;
Ceñida en rededor su sien de flores,
De espadaña y de lauro florecido:
Y de Arcadia los jóvenes cantores
Con él lleguen al dulce apetecido
Juego, y placer de sitio tan sabroso;
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso.

Cintia.

¡Dulce bien, con que el Cielo nos convida!
Que alegre dures, siglos dilatados;
Y en pastoral llaneza apetecida
Se alegren los Pastores descuidados:
Del regocijo de esta dulce vida
Lejos, lejos huid, tristes cuidados;

Pues no hay cosa en el mundo mas preciada;
Gozad, Ninfas, gozad la selva amada.

Poeta.

Asi el gentil Pastor iba cantando,
Y la Zagala hermosa respondiendo;
A las estrellas con su son tocando,
Los alamos plateados conmoviendo;
Y el coro de Zagales acabando
Los lazos que en las danzas van texiendo;
La Aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del Oriente purpuraba.

EGLOGA IV.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarda Luna hácia el Poniente huia,
En silencio escuchándose el desvelo
Del rio que en correr tenaz porfia:
Quando el carro polar la vuelta al Cielo
Daba, anunciando el ya vecino dia,
Y con mayor presura las estrellas
Desparecen en húmedas centellas.

Quando con debil mano sustentando
Un claro Cielo de luceros roxos,
Silvia al suelo lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos,
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante por últimos despojos;
Como la bella Clicie mustia queda,
Quando su hermoso rostro el Sol la veda.

Vencida de un gravísimo tormento
Al mas duro peñasco enterneciera,
Si en ellos consistiera el sentimiento
Que su amante falaz tener debiera;
Amante, que mudable mas que el viento,
Faltó á la fé que conservar debiera;

Al fin mintiendo muerta su esperanza,
No menos muertos ayes su voz lanza.
Sal, ó Lucero, paje de la Aurora,
Y su explendor anuncia qual lo sabes;
Sal ante la carroza brilladora
Del dia de quien traes las rubias llaves:
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al Sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traicion de mi enemigo.
Mientras yo á tí, á la Luna, y al Sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningun provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida;
No sé decir si dulce ó desabrida.
¡Ay Silvio! ¿En quién pusiste tus luceros?
¿Por qué sin pundonor mi fé trocaste?
¿A quién, di, tus amores das primeros?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¡Ay primicias del alma, ay verdaderos
Amores mios cómo los burlaste,

Dexándome en desprecio abandonada
Qual yedra de su arrimo despojada!
Silvio gentil á Mebia se ha entregado:
¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?
¿Qué discordia el amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el mas firme amante?
La cordera paciente, y lobo airado
De hoy mas en sí tendrán union constante;
Y la dulce paloma hará su nido
En el de sierpes de horrido silvido.
Dispónte, ó tosca, tuya es la ventura:
Tus dichas Mebia vayan adelante;
Cree que por tí sola de la obscura
Noche sale el Lucero mas brillante:
¡Mas que bien te está, ó Silvio sin cordura,
El que á todas burlabas arrogante!
Desdeñador de mi color quebrado,
Mi rabel dulce, y mi gentil cayado.
Yo te vi niño, y de tu madre al lado;
De mi diestra llevete á mis perales,
Dó travieso mil piedras has tirado,
Y yo llevaba á bien niñeces tales:
Las baxas ramas ya con brazo alzado
Tocaba de tres lustros no cabales,

Quando mi alma fuera ya tu esclava,
Que tras tí presa engaño la llevaba.
Ya bastante, ó Amor, te he conocido,
En triste hora y oroscopo tremendo,
Ni en nuestro sér, ni sangre, ni sentido,
Ni en fin con nuestras señas procediendo:
Solo tu duro origen hás traido
De crudos Garamantes, del horrendo
Ródope, ó bien del Ismaro fragoso,
Cuyas fieras azota el mar furioso.
Por tí ya en sus hijuelos insolente
La Maga ensangrentó su mano fea;
¿Mas quién fue de los dos mas insolente,
Tú fiero Amor, ó tú feroz Medea?
Tú un rapaz fuiste de bastardo Oriente;
Tú fuiste madre de infernal ralea;
Perezcan pues del mundo las edades,
Si caben en Amor tales maldades.
Mas ya siquiera huyendo del pillage
De mansa oveja el lobo atroz se vea;
El jazmin fino al roble dé homenage,
Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
Al arion Menalca se aventaje,
Arion en bosque, Orfeo en el mar sea;

Y el Orbe todo en desigual zozobra
Se anegue, pues á mí todo me sobra.
Vivid, selvas vivid tiempo dichoso,
Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al pielago espumoso
Precipitarme al fin he decretado:
Si no te fue servicio delicioso
El primero que te hice, ó Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás no viéndome en el mundo.
Asi dixera, y con el desvarío,
Que á la gentil Pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frio
El nombre de su amante repitiendo:
Turbóse al golpe el cristalino rio,
Un eco por su margen esparciendo;
Al qual valles y montes resonaron,
Y á la arboleda atónitos dexaron.

EGLOGA V.

La suavidad del zéfiro amoroso,
Y del Abril la plácida venida,
El invierno auyentaban rigoroso,
Dando á las flores nuevo aliento y vida:
Quando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa mi Pastora
Con las primeras luces de la Aurora.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar á su Zagal menos altivo;
Mas ni este, ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta Amor todo es esquivo:
Quanto ella á su desden mas se humillaba,
Le daba de esquivez mayor motivo;
Que es el varon, si amor con fuerza doble
Que á una muger no hiere, aspero roble.

Y viendo qual su pena se dilata,
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,

Que al Cielo pára, enfrena al viento airado,
Detiene al rio, y enternece al prado.

Cruel quanto bellísimo Lidoro,
En tu beldad tan vano, que limitas
Que de humano pincel pueda el decoro
De Adonis copias dar mas exquisitas;
Tú en negros ojos, y en cabellos de oro,
La libertad á mil Serranas quitas;
Desentendido del estrago que haces,
Quando en servir á Amor no te complaces.

Ea Pastor, si engendra tu nobleza
Piedad hácia el Amor gracioso niño,
Y grave no te fue de una belleza
Tener esclavo el singular cariño;
Asi el Cielo conserve la entereza
De tu grey mas nevada que el armiño,
Que á quien te busca tierno y amoroso,
No te muestres de hoy mas tan desdeñoso.

Sacrifico á tu gusto el alma mia
Para que de su fé te satisfagas;
Te ofrezco un corazon que en ti confia,
Lleno por tí de mil ardientes llagas:
Tú con despego anegas mi alegria,
Y el adorarte con desdenes pagas;

Ay! que mayor tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera!
Sabes que quando niña llegué á verte,
Mi primer dicha fue rendirte el alma;
Tan poco ¡ay Dios! importa, que en quererte
Ninguna otra á mi amor llevó la palma;
Y solo el dulce bien de obedecerte,
Mi gusto por el tuyo tuvo en calma:
Pon pues tus ojos en mi amante pecho,
Si de mi amor no te hallas satisfecho.
En él verás por mí querer pintada,
Aunque tal vez te pese, tu figura,
Tan gentil, y con tal primor copiada,
Que se ve tu desden y tu hermosura:
Y á par de ella la mia trasladada,
Lamentando mi amarga desventura,
Mi mucha humanidad, y el poco aviso
De mi querer, que mas que á sí te quiso.
No con mas lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Mostró detrás del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno:
Ni en bien cercado huerto mas seguro
Rebaño fue de sobresalto ageno,

Que tu amor en mi pecho y en mis ojos,
Gozando mil dulcísimos despojos.

Si con temor te sirvo y obediencia,
Y adoro tu donayre y apostura;
Si entre mi sufrimiento, y tu violencia
Cada hora el oro de mi fé se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi sol en carcel tan obscura,
Calle yo, y en favor de mi firmeza
Hable tu cortesia y gentileza

Bien sabes que tus iras he temido,
Como batel pequeño al mar ayrado;
Y que entre estos recelos te he servido,
Qual por conjuro espíritu apremiado:
Y tú por eso me has aborrecido,
Qual á contrario tuyo declarado;
Y no lo soy, plugiese á Dios lo fuera,
Y que mi rendimiento en tí se viera.

Ay! que entre penas vivo, y de esta suerte
Tu aspereza me está martirizando;
Mi esperanza en los brazos de la muerte
El verdor de su pompa marchitando:
Muriendo por el gusto de quererte,
Que es en la ley de amor vivir triunfando;

Mas muerta ó viva yo , tu altivez cierta
Puede estar que mi fé no será muerta.
 Ponme al Sol que la seca arena abrasa,
O adonde espira envuelto en tierna nieve;
Ponme al Cielo que siembra ardiente brasa,
O al que la escarcha y el granizo llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la enlutada noche el suyo mueve:
Que en luz, ó sombra, en tierra ardiente, ó fria,
Por ser tuya Pastor no seré mia.
 Dixo, y qual si de marmol blanco fuera
Quedó sin alma, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar el triste cuerpo al alma asida:
Duro paso de Amor que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida;
Y en Lidoro no obrara el sentimiento,
Mas que en el duro bronce ayrado viento.

EGLOGA VI.

Laurita.

Egloga Piscatoria.

Poeta.

Entre unas duras rocas,
Que de la Diosa Tetis
Tiene el teson continuo socabadas;
Donde las ondas locas
Del cristalino Betis
Entran en su furor arrebatadas;
Donde mil enramadas
Cabañas los barqueros
Tienen por sus orillas,
Y redes y barquillas
Atar suelen de rústicos maderos;
Laurita Pescadora
Niña en la flor de sus Abriles mora.
Amaba á un marinero
En cuya gentileza
Todos los gustos de ella el amor puso.

Mil cantares primero
El joven con terneza
Llenos de mil lisonjas la compuso:
Reverdecía confuso
De amantes esperanzas
En ella algun renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de recelos y mudanzas;
Asi, que sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.

Mas el gentil mancebo,
Finalmente trocado,
La dexó sin guardar su fé primera:
Ella en dolor tan nuevo,
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el Garzon huia,
Con voz triste y quebrada
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecía;
Y en tono dulce y blando
De esta suerte se estaba suspirando.

Laurita.

Si el bien que adoro y temo,
Y mis fatales hados
Me guian á la mas terrible pena;
Y al mas mísero extremo
Que dan Astros airados,
A quien el Cielo gran castigo ordena;
Por esta húmeda arena
Los tristes ayes mios
Muestren por boca y ojos
Sus mortales enojos,
Que abrasen los helados vientos frios;
Que tal vez vi amansados
Al son de mis acentos lastimados.
¿Cómo el valor se infama
Que siempre amanecia
De tu corazon grato en mi memoria?
Que aunque contó tu fama
Aun menos que yo via,
No era menor que mi querer tu gloria.
¿Cómo en queja notoria,
Tirso, con tu mudanza
Quedaré en este suelo

Huérfana, y sin consuelo;
Huérfana, ay! de la célebre esperanza
Con que tuya me hiciste,
Quando del juego el premio me ofreciste?
Goza en placer dichoso
En tanto del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga;
Y el mar tempestuoso
Se muestra ledo y manso,
Y en menos olas su arenal fatiga.
Mientras que no prosiga
En rios tumultuosos
El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del Cielo los celajes luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce, y deleita al marinero.
Ya por mi mal has visto
Gentes en suerte loca
A los dudosos vientos confiada,
Dexarla el no previsto
Rigor de alguna roca
Por el aspero mar toda sembrada;
Pero, ¡ay de mí cuitada!

Si mi pasion penosa
Tan de lejos te hiere;
Que la que bien te quiere
Ni aun alcanza en tu bien ninguna cosa;
Ablande ahora tu pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
Ni yo la fé te pido
Del dulce enlazamiento,
Que mi vana altivez me prometia;
Ni por esto en olvido
Dexes qualquier contento
Por el remedio de la pena mia:
Solo que la alegría
De esta ribera gozes
En dulce pasatiempo,
Mientras trocado el tiempo
Refrena el mar sus ímpetus ferozes;
Que aunque yo en tí me hallara,
Ningun mas grato don te demandara.
Mas que de mí te alejas
Ya sé Barquero altivo
Fiado de tu gala en el tesoro;
Y en soledad y quejas,
Cruel y fugitivo,

Huyes solo de mí porque te adoro.
En este mar que lloro
Con mil delirios ciega
En tempestad cerrada,
Pues tanto el mar te agrada,
Vuelve, y en él á tu placer navega;
Navega á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
  Vuelve y verás el gusto
Que tuve de quererte,
Torcedor hecho de mi amarga vida;
Y quan cerca al injusto
Cadahalso de mi muerte,
Fue la vana ocasion de tu partida;
Mas la ocasion perdida
No vuelvas; retrocede,
Que solo en verte el alma,
Que aborrecida en calma
De muerte está; por tuya cobrar puede
Nuevo vigor y brio,
Para pena mayor y agravio mio.
  Que ese mar espantable,
Qual tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,

Si ya para tí afable
Qual para mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que violento
Vuelva á su estilo arisco
Que de ordinario coge;
Y tu barquilla arroje
Sobre la dura furia de algun risco,
En que ella y tú fenezca,
Y en lo duro y cruel te se parezca

Que así se da el castigo
A las almas dolosas,
Que la fé y juramento no cumplieron:
Que es el Amor amigo
De vindicar sus cosas
Con pena igual al mal que merecieron;
Pero si porque vieron
Que es mia la venganza
La dexan, yo la fio
A los ayes que envio:
Ellos no dexarán de tu mudanza,
En el soberbio charco,
Reliquia alguna al anegar tu barco.

Poeta.

Las lágrimas ardientes,
El ánimo del pecho,
Con las ansias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazon no hecho
A el Amor dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,
La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsacion alguna el sentimiento,
Tanto en ella labraron,
Que á la Pescadorcilla desmayaron.

ODAS.

ODA PRIMERA.

A la Noche.

Ya Febo en el Occeano sonoro
Templó su ardiente carro,
Privando á los mortales del tesoro
De su esplendor bizarro.

Las rubias Ninfas de su yugo ardiente
Las coyundas desatan
De rosicler; y en magestad decente
Le sirven, y le acatan.

Qual las riendas le toma de la mano
De ardiente pedrería;
Qual la guirnalda, qual el manto ufano,
Que al mundo da alegria;

Quien entretanto á la callada noche
De azero pavonado
Prepara apriesa el enlutado coche
De estrellas mil bordado.

Salen las negras horas, que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto, y derramando sueño
Por toda su carrera.

Pasa Bootes el zenít del Cielo,
La vuelta al Carro dando;
Con sus exes de escarcha en todo el suelo
Frio licor sembrando.

Quietud callada en pasos descuidados
Con silencio profundo,
Señorea los ánimos cansados
De todo el ancho mundo.

Las estrellas en viva centinela
Con luz mas encendida
Aceleran el curso de la vela,
Y el de la humana vida.

Reynan solo las sombras, en reposo
La tierra sepultada:
La lid de los cuidados al sabroso
Silencio encomendada.

Yo misero, á quien roban el consuelo
Del sueño mil cuidados,
En vano al Cielo vuelto, me desvelo
Con pasos mal guiados.

Silencio voceador anda en batalla
Con mi sér temeroso:
Sin tregua de quietud mi pecho se halla,
Que llame mi reposo.

¡O sueño! entre el brocado y terso lino
Busco á tu paz el centro;
Por mas que imploro tu favor divino,
Huella de tí no encuentro.

Al Pastorcillo entre ásperos terrones
De tu cuello enlazado
Tu beso, ¡ó sueño! das, sin las prisiones
De algun mortal cuidado.

Tu cetro humilde al de los grandes trueca
La potestad; que en suma,
Mas bien acorres á la paja seca,
Que á la mullida pluma.

ODA II.

Al Dia.

Qué apacible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria,
Y su adormido espanto.

Con invisible y blando moviento
De su tiniebla negra
Escombra, y barre el ámbito del viento;
Y al Cielo y mundo alegra.

Por el ayre sereno en sosegado
Vuelo el aljofar baxa;
Y la concha en su seno nacarado
Ardientes perlas quaja.

Sale el Sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera:
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Que bate su ribera.

Crecen los rayos de la luz febéa
Con mas pujante aliento;
El baxo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

Las montañas heridas de su lumbre
Se ven de oro bañadas;
Las aves en confusa muchedumbre
Cantando alborozadas.

Las flores su capuz rompen aprisa,
Y el verde prado esmaltan;
Y en el cristal que renovó su risa
Los pezecillos saltan.

Mas toda esta beldad que al mundo place,
No llena mi deseo;
Si luego que la luz de Apolo nace,
La de mi Sol no veo.

Ven ya, Lucero mio, pues te aguardo;
Y al pie de esta montaña
No hay rosa, ni clavel, jazmin ó nardo,
Que tu tardar no estraña.

Ven, que si el Delio Dios no amaneciera
Con sus candores roxos,
La luz del dia el dia no perdiera
Con ver la de tus ojos.

Ven, mi Lucero, ven: no desesperes
A un alma que te adora;
Si qual muere de amor de amores muere
Por su dulce señora.

ODA III.

A una Fuente.

En este fertil huerto,
Que á emulacion de Hesperio se colora;
De la beldad cubierto,
Con que al romper la Aurora
Renueva su matiz la culta Flora;
De una chinesca taza
En una y otra el artificio crece
De tan diversa traza,
Que el arte se envanece,
Y al marmol dexa otras, que le obedece.
Por sus bocas cien Ninfas,
En labor varias, forman las vertientes;
Y recogen las linfas
Cien Faunos diferentes
En otras tantas urnas relucientes.
Vense tantos raudales
Por tanto caño, en proporcion distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un transparente laberinto.

Admiranla las aves,
La admira el Sol, admiranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos Ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.
Si su beldad te es grata
Ven, Celidora, ven, pues te convida
Quien tu contento trata,
Y en tí tiene su vida;
Ven, Señora, á esta fuente apetecida.
Que no en valde ha pensado
Entre las mas preciosas y caudales
Gozar el principado;
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

ODA IV.

¡O humana suerte de inconstancias llena,
Con quien no vale gracia ni hermosura!
Ni en su opulenta magestad ni altura
El Cetro Real que un mundo y otro enfrena,
Constante y firme dura!

No hay dia de esplendor tan refulgente
Que no vista la noche en negros paños;
Ni alegre sangre en juveniles años
Que esté libre de riesgos, ó se exênte
De maquinas de engaños.

Ahora la bèldad que el mundo admira
Las flores goze y esplendor luciente;
Y de su fama en el rosado Oriente
Suene su voz, y en quanto Febo gira
Corra de gente en gente.

Ahora el cabello enlace en la garganta
Con las perlas que el mar de Arabia cria,
Y sobre tiria grana en pedrería

Del rico monte Imabo, ostente quanta
Riqueza á Persia envia:

Todo es sombras, y fábulas, y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que hasta donde la muerte está escondida
Discurre y vuela de uno y otro daño,
Y en el mayor se anida.

Ni del Tigris las ondas que feroces
En rápidos raudales van bramando,
Ni las Aves de Venus que pasando
Los desiertos del África veloces,
Cortan el ayre blando;

Ni otro curso mayor medirse debe
Al que el tiempo fugaz la humana vida
Lleva tras sí: la pena desabrida
Parece que es quien solo no se mueve
Del pecho, en que se anida.

ODA V.

En loor de los Héroes Españoles.

¿Qual Héroe invicto ¡ ó sacra Melpoméne!
Qué hazaña portentosa
Del Ibero valor querrás piadosa,
Que en mi agitada cítara resuene;
Siquiera incauto zelo
Me instigue, y la pasion al pàtrio suelo?
Ora mi acento al Rodope aplaudido
Del zéfiro llevado
Se vea en donde Orfeo, el encrespado
Cabello de laurel y oro ceñido,
Cantando en docta lira
Del oso y del leon domó la ira.
Quando el cristal mil Nayades rompieron
Por oir la hechicera
Música de su voz; y en la carrera
Las mas rápidas ondas se tuvieron;
Y los vientos veloces
Enfrenaron sus ímpetus feroces:
Alli donde los platanos mostraron,
Y fecundos olivos

Dar aplauso á su son, quando festivos
Sus pomposas guirnaldas reclinaron,
Los ramos estendian,
Y atentamente pareció que oían.
¿Mas qual furor mi espíritu levanta?
¿De qual Numen llevado,
Que en el globo inmortal jamás tocado
De otros mortales pies fixó la planta;
Y el mundo abandonando,
Por los campos etereos voy vagando?
¿Qué no vista palestra, qué estandarte,
Qué bélico alboroto
De inmensos esquadrones miro y noto?
¿No es este el reyno del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Caxas el son, y horrisonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus feroces quadrigas impeliendo;
De pie á cabeza armado de diamante:
Tras la lanza el membrudo
Brazo blandiendo el fulminante escudo.
La Virtud militar su rostro hermoso
El fuego al Sol hurtando,

Las garzas de morrion al viento ondeando,
Valor infunde al ánimo fogoso:
A sus Atletas fieles
Mil triunfos prometiendo, y mil laureles.
Seguida de varones esforzados,
A los demas qual soles
Los deslumbran los claros Españoles
En la sublime rueda colocados;
Y atónitos los miran
Los que los eternales cercos giran.
Mi pecho enardecido en viva llama
Del antiguo deseo
De celebrar las glorias, en que hoy veo
El exemplo feroz que tanto inflama
La hispana valentía,
Con nueva agitacion asi decia:
Salve inclitos Iberos no domados,
Cuyos fuertes pendones
Dieron del frio Sur á los Triones
Sombra, y asombro en pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del Orbe al más oculto seno.
A vos la tierra se postró rendida,
Sus límites abriendo;

Por hijos os juzgo de Jove horrendo
Dexando su extension estremecida;
Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza....
Asi yo enardecido prorumpia,
Absorto en los Campeones
De nuestra Patria indomitos leones;
Quando desfalleciendo mi osadia,
Advierto que oso en vano
Subir, donde no osára orgullo humano.
Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etereos techos
La inmortal gloria de los altos pechos,
Que en bélico furor Mavorte enciende;
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.
Y si una empresa tan dificil, y alta
De baxo al Numen culpa;
Solo intentarla basta por disculpa,
Quando la fuerza y no el deseo falta;
Y yo en haberla osado
Seré con gloria en otra edad nombrado.

TRADUCCIONES.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

Oda Primera.

Iam satis terris nivis atque dirae.

Ya el Padre Omnipotente
Cubrió de nieve, y de granizo el mundo;
Y con su mano ardiente
Batiendo el sacro alcazar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.
En un espanto horrible,
Y miedo puso á todos los vivientes:
Pensaba que el terrible
Siglo tornaba que ahogó á las gentes
En agua, y copiosísimas corrientes.
Pirra se condolia
Viendo mil novedades prodigiosas,
Quando alli conducia
Proteo el ganado, y focas espantosas
A los montes y peñas cavernosas.
Y mil varios pescados
Se vieron de los olmos en la altura
Subidos, y pegados
Dó fundó la paloma simple y pura
Bien conocida casa, y mal segura.

Los gamos y las fieras
Con un temor cobarde, y sobresalto
Olvidan sus carreras,
Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto, y otro salto.
Vimos el agua roxa
Del Tiber, que violento sus corrientes
Del mar Toscano arroja;
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios mas potentes.
Parece què mostraba
Dar gusto el rio al mugeril deseo;
Que mucho se quejaba
Ilia, y el Tiber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.
Abre con desatino
Por el siniestro lado un ancho seno;
Talando va el vecino
Campo Romano, de braveza lleno;
Lo qual no aprueba Júpiter por bueno.
Los mozos descendientes
Tendrán memoria del cruel estrago;
Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago

Dará de sangre á nuestro vicio el pago.
¡Ay! ¿quánto mejor fuera,
Volver el duro, y rigoroso azero,
Y el odio y rabia fiera
Contra el Parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro Scita, ó Persa fiero?
¿A qual Deidad pues luego
El pueblo invocará para el caído
Imperio? ¿Con qué ruego
Las Vírgenes piadosas, y gemido
Fatigarán de Vesta el sordo oído?
Y el Padre soberano,
¿A quién dará el divino y santo cargo
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo.
Ven, pues, ó favorable
Apolo, anunciador de la alegria;
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso dia
Vestido de una blanca nube envia.
O tú, Venus graciosa,
Si te place demuestra el bello riso
Donde el gozo reposa,

Y dó el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo en dulce paraiso.
Y tú, Marte encendido,
Los ojos vuelve al pueblo, que engendraste;
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste:
Tan largo juego ya de espada baste.
A tí los alaridos,
Y el confuso gritar, y las celadas
Lucidas y bramidos
Te agradan; y del Moro las espadas
(Que puesto á pie es mas fiero) ensangrentadas.
Tú, que de grande altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello joven te venciste.
Gustando de llamarte
De César vengador, ó joven claro,
Al Cielo que es tu parte
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Dé al Romano pueblo eterno amparo.
Y algun ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros

Te ofenden en el suelo:
Primero en él tus grandes triunfos diestros
Canten del sacro monte los maestros.
Ten por blason honroso
Ser dicho Padre, y Príncipe extremado;
Y el Medo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

ODA II.

Quis multa gracilis te puer in rosa.

¿Qué lascivo mozuelo
Blando, y con mil olores rociado,
O Pirra, sin recelo
Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta, y lecho ardiente?
Y tú con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeyte
Una y otra mexilla
Le muestras, con que enciendes su deleyte;
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.

Quantas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fé, y desprecio,
Los contrarios amores, y el engaño;
Y temerá los vientos
En el áspero mal de sus contentos.
Y él facil y creible,
Que de tu hermosura goza ahora,
Seguro y apacible,
Piensa que nunca le has de ser traidora;
Y no ve el miserable
Que tu querer es viento deleznable.
¡Ay! de los desdichados
A quienes brillas, y en lustrosa cara
Aplaces! no enseñados
A conocer tu fé mudable y cara;
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas.
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños:
Mas ya de la tormenta
Colgué los rotos, y mojados paños;
Y al Dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

ODA III.

Lydia dic per omnes.

Por los Dioses te ruego
Me digas, Lidia, cómo afliges tanto,
Y quitas el sosiego
A Sibaris, el mozo que con tanto
Amor te quiere, y ama;
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.
¿Por qué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo, y Sol sin pesadumbre
Al campo Marcio, y gime?
¿Por qué enseñado á militar costumbre
No juega y arremete
Entre tanto, y gallardo igual ginete?
¿Por qué ya no corrige
La feroz boca del frison brioso;
Ni con freno la rige
De brida, que es mas duro y riguroso;
Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre, y penachada cresta?
Por qué tanto rehuye
Tocar del Tiber las bermejas ondas:

Por qué mas teme y huye,
Que á la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceyte, y grueso,
Que hace al luchador mas fuerte y tieso.
Y de la dura malla
No viste el jaco, ni arma mano y dedos:
Y ¡ay! de la batalla
En los brazos nervosos y molledos
No muestra cardenales,
Ni de gloriosos golpes las señales.
Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo;
Y arrojando un gran peso y azagaya,
Con tiro muy derecho
Abrazó mas del señalado trecho.
Ahora está escondido,
Y se hurta á los ojos de la gente;
Como el joven nacido
De Tetis antes de la guerra ardiente
De Troya, á quien engaños,
Y amor vistieron mugeriles paños.

ODA IV.

Vides ut alta stet nuve candidum.

¡O Taliarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado
Con honda nieve cano;
Y el bosque de gran carga trabajado:
Y en penetrable yelo
Quajado el rio, y apretado el suelo?
  Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro frio,
Echando sobre el fuego
Los leños, que guardaste en el estío;
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
  Y los demas cuidados
Entrega á Dios, que con prudencia sabia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia;
Y guarda, y asegura
Al ciprés alto, y á la encina dura.
  Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto;

O

Ni que ha de ser mañana:
Y en qualquier dia que tuvieres cierto,
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance
Y pues la flor empieza
De tu verano corto, y edad breve;
Y esta de tu cabeza
Ausente la pesada, y fria nieve;
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer, y amores.
Y ahora freqüentadas
El campo sean, y eras deleytosas:
Y en horas concertadas
Las pláticas lascivas, y amorosas,
Entre silencio y risa
Hablando quando la razon avisa.
Y aquel suave riso
Que del rincon mas íntimo resuena;
Y da señal, y aviso
De la mozuela oculta que allí suena;
Que se escondió á sabiendas
Para hallar mas dulces sus contiendas.
La prenda arrebatada:
Digo sortijas, ó manillas de oro,

O lo que mas te agrada
Algun precioso, y rico igual decoro
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza, y están quedos.

ODA V.

Quem vivum aut heroa lyra vel acri.

O Clio, Musa mia,
¿A qué varon celebrarás ahora
Con versos de alegria,
Con lira dulce, ó flauta muy sonora;
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?
O ya ahora resuene
En las umbrosas faldas de Elicona;
O ya en el Pindo suene
Mi voz, á quien la dulce tuya entona;
O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado;
De donde se movieron
Las selvas á la voz del Tracio Orfeo:
Los rios detuvieron
Su curso rapidísimo, y rodeo;

Y los ligeros vientos
Enfrenaron sus varios movimientos.
¿Pues qué diré primero
Que las horas con mas razon contadas
Del Padre verdadero,
Que con prudencia sabia gobernadas,
Y mando poderoso,
Las cosas tiene en orden amoroso?
Y templa el mar y tierra;
Y el mundo rige en tiempos diferentes:
A donde no se encierra
Cosa mayor, ni fuerzas tan potentes.
Tras de esto el alabanza
Palas en trecho no distante alcanza.
Y no olvidaré ahora,
O Baco en las batallas animoso,
Tu fuerza vencedora:
Ni á tí Virgen de brazo poderoso;
Que con flechas ligeras
Persigues en los montes á las fieras.
Tampoco callar quiero,
O santo Febo, tu valor temido
En el tirar certero:
Diré de Alcides el jamás vencido;

Y á los hijos de Leda
Diré con tal que tanto decir pueda.
Al uno y otro hermano,
Castor, y Polux, cada qual honrado
En arte sobre humano;
El uno diestro en lucha, el otro usado
A mil glorias triunfantes
Corriendo los caballos espumantes.
La estrella de los quales
Luego que nace, al navegante alegra;
Destierra los mortales
Recelos tristes de la muerte negra;
Y el piélago revuelto
En paz lo dexa, y en quietud resuelto.
Pierde su furia el viento:
Huyen las nubes su presencia santa:
Y el húmedo elemento,
Que en valientes esçollos se quebranta,
Muestra con alegria
Sus olas de luciente argentería.
Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo, y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio Rey severo!

Pacífico, y divino;
O el Imperio soberbio de Tarquino.
Ó si del atrevido
Catón diré la honrosa, y dura muerte:
Con pecho agradecido
Tambien la lastimosa indigna suerte,
De Marco Atilio digo,
Que fue y guardó palabra á su enemigo.
Y cantarán mis versos
A los Escauros graves, y constantes,
En mil casos adversos:
Y al Consul Paulo en otros semejantes,
El qual con pecho ufano
Dió la vida al furor del Africano.
Y á Fabricio, y Camilo;
Y á Curio de cabellos mal peynados
Diré en el mismo estilo;
Los quales fueron en la guerra osados;
Y sin temer bajeza
Se honraron con el áspera pobreza.
La fama de Marcelo
Qual arbol en oculto tiempo crece:
Y de Julio en el Cielo
La estrella entre las otras resplandece,

Como entre otras estrellas
La clara Luna con sus luces bellas.
¡O hijo Omnipotente
Del Padre antiguo! ¡O Padre, fiel reparo
De aquesta humana gente!
Tú del gran César tienes el amparo.
Gobierna pues el mundo;
Siendo Rey, César, y Señor segundo.
O ya los Partos bravos
Que están á Italia siempre amenazando,
(Como á Ulises esclavos)
Sujete al yugo de su fuerza, y mando:
O ya de la India gente,
O de los Seras triunfe en el Oriente.
Que rigiendo la tierra
Será inferior á tí de buena gana:
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana:
Y tú harás castigos
Arrojando mil rayos enemigos.

ODA VI.

Pastor quum traheret per freta navibus.

El Pastor fementido
Páris al tiempo que iba el mar sulcando
Contento, y engreído
Con sus ligeras naves, y llevando
A Helena, hecho ultrage
A la debida fé del hospedage:
Al irritado viento
En este punto sosegó Nereo:
Y dixo el triste cuento,
Y amargos fines de aquel hecho feo;
Y los funestos hados
A Troya por tan grande mal guardados.
¡Como con mal aguero
Llevas á la muger de agena casa!
Ay! quanto Griego fiero
Conjurado sin número, y sin tasa
Te romperá el contento;
Y deshará tu infame casamiento.
Del Priamo el imperio
Antiguo, noble, rico, y celebrado

Caerá con vituperio,
Ay! qué sudor, y aprieto está guardado
A muchos esquadrones
De caballos, y de inclitos varones.
  Y qué espantoso estrago
Mueves á la Troyana triste gente:
De tu traicion el pago
Verás muy presto; que Belona ardiente
Ya apercibe celada,
Escudo, y carro, y rabia ensangrentada.
  En vano confiado
En el auxîlio de tu Venus fiera,
Ufano, y descuidado
Peynarás la cabeza lisonjera;
Y en lira blanda, y verso
Darás solaz al tierno sexô adverso.
  Tambien huirás en vano
Las mas pesadas armas inquietas
Al tálamo profano;
Y del Cretense fiero las saetas:
Y el temeroso estruendo
De Ayax ligero, que te irá siguiendo.
  Mas ay! que al fin revueltos
Verás esos cabellos muy peynados,

Y en polvo y sangre envueltos:
¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu Patria total muerte?
¿No ves al muy prudente
Nestor? y como al Teucro Salamino,
Y al otro muy sapiente
Estenélo en batallas peregrino,
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va bogando.
Te siguen con horrendo
Furor en triste, y tenebroso trance.
¿No escuchas el estruendo
De Merion, que ya te va al alcance?
Y al hijo de Tideo
Rabiando por ganar de tí el trofeo?
A aquel Diomedes digo
Mas que sú padre fuerte, y mas valiente;
Del qual bravo enemigo
Con pecho mugeril cobardemente
Huirás, qual tierna cierva
Que viendo al lobo olvida pasto y yerba.
¿Y prometias esto
A Helena, quando echabas mil blasones

Con amoroso gesto?
Y aunque la armada, y fuertes esquadrones
De Aquiles enojado
Dilatarán de Troya el triste hado;
  Despues de nuevos años
El fuego Griego, á quien tu amor atiza,
Ardiendo por engaños,
A la alta Troya volverá en ceniza:
Y quedará desierta
De negros humos, y de ollin cubierta.

ODA VII.

Velox amoenum saepe Lucretilem.

De su dulce acogida,
Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fertil de Lucretil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio, y fresco viento.
 Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estío:
Tampoco les ofende
Aquí la fria escarcha, ni rocío;
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.
 Seguramente pacen
Buscando aquí y allí las tiernas gramas,
Que en este bosque nacen;
El cítiso, y tomillo, y otras râmas,
Que las cabras engruesan,
Y de substancia, y leche las retesan.
 Apriscos, y rediles,
Dó están los cabritillos encerrados,

No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes, ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.
¡O Tindaris hermosa!
Quando mi dulce caramillo suena,
El valle, y selva umbrosa
Y el monte Ustica en derredor resuena;
El monte á cuya cumbre
Se sube sin trabajo, y pesadumbre.
Su gracia, y alegria
Me aspira Dios; y mi piedad le agrada,
Y aquesta Musa mia:
De aquí la copia gozarás colmada,
Que aquí derrama el cuerno
Benignamente flor, y fruto tierno.
En este valle, y flores
Huirás de la Canicula el gran fuego;
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del Griego
Poeta Anacreonta,
Que entre amorosos cisnes se remonta.
Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe; y los recelos

De entrambos corazones;
Y de una y otra los rabiosos zelos:
Que en cada qual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Laerte.
A la sombra holgando
Agotarás aquí los vasos llenos
Del vino Lesbio blando;
Y el padre Baco, y Marte muy serenos
Quïetos amorosos
No mezclarán combates sanguinosos.
Ni zelos inhumanos
De Ciro tu protervo, y duro amante;
Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y ayrado rasgue tu inocente falda.

ODA VIII.

Mater saeva Cupidinum.

La madre cruel ufana
De los amores, y el mozuelo fuerte
De Semeles Tebana,
Y el ocio (que es de las Virtudes muerte)
Me impelen vuelva luego
Al amoroso, ya dexado juego.

El rostro bello, y claro,
Y la tez mas bruñida, y espejada,
Que mármoles de Paro,
De mi Gliceria dulce enamorada,
Me enciende en blanda llama;
Y en su veneno mismo amor me inflama.

Enciendeme el sentido
Su gracia, y natural desenvoltura;
Y el melindre atrevido,
Y del semblante tanta hermosura;
Que el que á mira la empieza
Con ojos, alma, y corazon tropieza.

Dexó á su Chipre amada
Venus, y edificar su templo quiso,

Y hacer su morada
En mi pecho su antiguo paraíso;
Y tieneme ocupado
Ageno de qualquiera otro cuidado.
No consiente que cante
Del indómito Scita, bravo, y fiero
El osado semblante:
Ni el animoso Parto, que ligero
Revuelve, y espolea
Al caballo, y huyendo mas pelea.
Ponedme pues las aras;
Aqui esparcidme rosas, y bervenas:
Vaciad las copas claras
De ardiente licor llenas;
Y dad incienso al fuego,
Que la víctima hecha vendrá luego.

ODA IX.

Traduccion libre de una de Safo.

Salve, Venus hermosa,
La mas dulce maestra
De Amor en la palestra;
De Jove hija preciosa;
Cuyo Numen sagrado
En tantas aras siempre fue invocado,
Salve, y mi voz atiende:
No dexes que á millares
Me maten los pesares;
Antes acá desciende
Qual un tiempo solias
Grata acudir á las plegarias mias.
Movida de mi ruego
Tal vez á mí baxaste;
Tal vez por mi dexaste
El celestial sosiego,
Que del gran padre amado
Gozaste en Alcazar estrellado.
Yo vi en ligero vuelo
Tirar tu carro uncidas

Tus aves mas queridas;
Y descender del Cielo,
Cortando con sus alas
Del ayre bago las etereas salas.
  Y quando á mí llegabas
Tú misma, ¡ó dulce Diosa!
Con vista cariñosa
Que risas de amor dabas,
La causa me pedias
Del dolor, que en mí rostro conocias.
  ¿Por qual razon demando
Tu auxîlio sin sosiego,
Quién á mi dulce ruego
Quiero atraer mas blando,
O á quien prender queria
En las amantes redes que tendia?
  Acuérdome quan grata
Me dixo allí tu boca:
¿Quién tu furor provoca?
Mi bien, ¿quién te maltrata?
Si hubiere quien por caso
Huya de tí, tras tí volverá el paso.
  Si no recibe dones,
Los dará afectuoso;

Si es libre y desdeñoso,
Verase en tus prisiones;
Si sin amor le vieres
Luego amará, y hará quanto quisieres.
Ven, ó de Amor Princesa!
Ven, ven como solias
En los antiguos dias,
Pues tu deidad no cesa;
Ven, y libra mi vida
De insufrible tormentos oprimida.
Ven, y en tan fuerte instante
Tu auxîlio en mí se vea;
Cumple lo que desea
Mi corazon amante;
Y en mi favor armada
Conmigo mire tu deidad sagrada.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La *Virtud Militar* aqui se advierte
Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas,
Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
Brillar su peto de ásperas escamas,
Asiendo de una mano el hasta fuerte,
Y en la otra el pabés cóncabo embrazando:
Veloz discurre hácia uno y otro bando,
Y entrando por los gruesos batallones,
Los blandos corazones
Luego, luego a lid bélica movia,
Atizando el incendio que ya ardia
En las contrarias bélicas Naciones:
Asi que en rencor, iras, odios, sañas
De unos y de otros hierven las entrañas.

FUROR BELICO.

En esto el *Furor bélico* indignado
Sobre un carro agilísimo rodante
Las ligeras quadrigas impeliendo,
De furias cruelísimas cercado,
De pie á cabeza armado de diamante
Acá y allá furioso va corriendo:
Con jamás visto estrepitoso estruendo
Por entre los Atlétas gira agudo;
Y con brazo membrudo,
Que hace crugir el animoso viento,
Ora juega el estoque violento,
Ora rebate el fulminante escudo,
Ira y rabia infundiendo en las voraces,
Y mas que nunca ensangrentadas haces.

MUERTE.

A quantos ay! delante se le ha puesto
Entre una negra nube encapotada
La imagen de la muerte irrevocable,
De opio y adelfas mustias coronada,
Pálida la color, airado el gesto,
Medio arrastrando un luto miserable:
La qual con hoz sangrienta formidable
Mas que nunca veloz ha descargado
Su brazo no cansado.
Al que hiere de horror se atemoriza,
Los dientes cruge, el pelo se le eriza,
Palpita el corazon; y al fin helado
El curso de sus dias les parece,
Qual humo ante Aquilon se desvanece.

ANTES DE AMAR TUVE ZELOS.

Glosa.

Siendo niño en nuestro prado
Florinda hermosa te ví
Dar abrigo á un alhelí
Entre tu seno nevado:
De verle tan regalado
Empezé á sentir recelos;
Y en mis años pequeñuelos,
Sin saber lo que era Amor,
De aquella inocente flor
Antes de amar tuve zelos.

